

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS



POLICIACO

**UN CADAVER
ASESINO**

***Burton
Hare***



El detective Al Sanger es contratado por el dueño de una funeraria que ha sido allanada, y por Rimmer, el dirigente de la más grande corporación de salones de juego y locales de ocio de la ciudad. El lugarteniente de Cotten, un mafioso recién llegado a la ciudad, aparece muerto, y los esbirros de Rimmer parecen los principales sospechosos. Todo amenaza una explosión de violencia entre bandas, que terminará con la aparente paz de la ciudad. Ni a Sanger, ni a la policía, ni al propio Rimmer, les interesa que esto ocurra. Y sólo el buen hacer de nuestro detective logrará poner fin a la incipiente violencia.



Burton Hare

Un cadáver asesino

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1704

ePub r1.0

Lds 07.11.17

Título original: *Un cadáver asesino*

Burton Hare, 1983

Portada: García

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1704. Bruguera – 1983

Colección PUNTO ROJO n.º 2. Ediciones B – 1990

ePub modelo

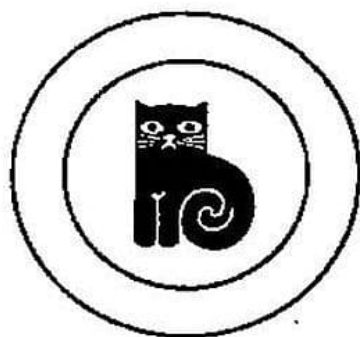
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Aparté el periódico a un lado, pero los grandes titulares que campeaban en la primera página siguieron allí, hablando a gritos del último asesinato ocurrido en la ciudad.

No era para menos, si uno se detenía a pensarlo, por cuanto la víctima era nada más y nada menos que Luigi Tormo, sobre el que circulaban multitud de historias desde que llegara a la ciudad, apenas dos meses atrás.

Acabé arrojando el diario a la papelera, fastidiado por tanto sensacionalismo.

Justo cuando acababa de hacerlo sonó el teléfono. Lo descolgué, esperanzado, y una voz cascada indagó:

—¿Sanger, es usted Al Sanger?

—Seguro.

—¿El detective Al Sanger?

—Por lo menos, lo era cuando me afeité esta mañana. ¿Qué demonios le pasa, no confía en mi palabra?

—Sólo quería asegurarme. Necesito verle, señor Sanger.

—¿Dónde?

—Aquí, en mi oficina... Verá, estoy solo y no puedo desplazarme para hablar con usted.

—¿De qué se trata?

—Quiero que haga algo por mí. Una investigación, naturalmente.

—Escuche. Acostumbro a seleccionar mis trabajos. Y todavía no sé su nombre ni qué...

—Me llamo Schwartz.

—¿Cómo dijo?

—Schwartz. Si quiere lo deletreo.

—Olvídelo. ¿Cuál es su apuro?

—Realmente, no estoy muy seguro. Pero creo que intentan robar en mi negocio.

Suspiré. Aquello no prometía mucho.

—¿Cuál es su negocio, señor Sch... como se llame?

—Schwartz.

—De acuerdo.

—Soy el propietario del Feliz Descanso.

—¿Qué clase de negocio es éste?

—Pompas fúnebres, señor Sanger. Puedo asegurarle sin exagerar que no hay otra funeraria más confortable que la mía en toda la ciudad. Ningún problema para los clientes, ¿entiende? Todo solucionado por adelantado...

—¡Pare!

Calló, sorprendido. Yo añadí:

—No necesito hacerme el artículo de su negocio. No estoy «tieso» todavía.

—Lo siento, es la costumbre.

—Olvide las malas costumbres. ¿Quiere decir que alguien trata de robar en su funeraria?

—Justamente.

Me eché atrás en el sillón. Aquello tenía las trazas de ser una condenada broma.

—¿Qué diablos pueden robar en un negocio como ése?

—Maldito si lo sé.

—¿Tiene dinero en su despacho?

—Nunca.

—Bueno, pues como no se lleven un fiambre...

—Le ruego más respeto para mis clientes, señor Sanger. ¿No puede venir a mi oficina y...?

—Está bien. Acostumbro aplicar una tarifa de cien dólares diarios más gastos —dije, con la esperanza de que eso le hiciera cambiar de idea.

—Conforme.

Suspiré. No había manera de escabullirse. Y para acabar de remachar el clavo, él añadió:

—Fue el señor Ferguson quien me recomendó su nombre...

—¿Ferguson?

—Sí, señor.

—Le veré en su oficina, señor Sch... wartz, si me da la dirección. La anoté y colgué el auricular.

Sentí tentaciones de echarme a reír. Era sorprendente que un ladrón sintiera tentaciones de asaltar nada menos que una funeraria...

Levantándome, cerré los cajones de mi escritorio, disponiéndome a acudir a la recomendada funeraria, deseando en mi fuero interno que tardase muchos años en visitar otra en calidad de cliente.

En aquel instante se abrió la puerta y el tipo asomó la cabeza.

Me quedé sin habla. La cabeza era pequeña y con el cabello cortado a cepillo, pero el cuerpo que había debajo de la cabeza era una mole impresionante de músculos y tendones que se adivinaban, incluso a través de la tela de su mal cortado traje marrón.

El tipo dio un vistazo por todo el despacho con sus ojos saltones. Luego, acabó de abrir la puerta y se coló moviéndose como si pisara un cristal demasiado delgado para su mastodóntico peso.

Llevaba la mano derecha dentro del bolsillo y éste abultaba como si dentro de él hubiera un balón de *rugby*.

—¿Está usted solo? —Gruñó.

Tenía una voz ronca y que sonaba a cascajo.

—¿No lo ve? —dije—. Aún no puedo permitirme el lujo de tener una de esas despampanantes secretarias que salen en la televisión.

Con la mano izquierda señaló con desconfianza, indagando:

—¿Qué hay detrás de esa puerta?

—El lavabo.

—Ábrala.

—Oiga...

—¡Ábrala!

La mano que tenía oculta en el bolsillo hizo un brusco movimiento. Decididamente, no era un balón lo que empuñaba.

Así que me levanté y abrí la puerta en cuestión, demostrándole que no había mentido.

—Okay... Vuelva a sentarse.

Regresé a mi sillón. Sólo entonces, el gorila ladró:

—¡Puede pasar, patrón!

Otro hombre apareció en el umbral. Éste era delgado, alto,

elegante y sofisticado. Contuve una maldición porque yo le conocía muy bien a través de la que los periódicos habían dicho de él a lo largo de muchos años.

El tipo sonrió, avanzando con seguridad.

—Usted es Sanger, ¿eh? —dijo.

Su voz, en contraste con la de su matón, era culta y bien modulada.

—Eso creo. ¿A qué obedece toda esa representación?

—Soy un tipo muy precavido. Gracias a eso, sigo estando vivo. Me llamo Rimmer.

—Andy Rimmer. He visto su foto en los periódicos muchas veces.

—Ajá, eso aclara las posiciones.

Acercó una butaca y se dejó caer sentado en ella como si fuera el propietario del negocio. Sacó una cigarrera de oro, eligió cuidadosamente un cigarrillo y sólo cuando lo hubo hecho me ofreció.

—Son buenos —afirmó—. Fabricados especialmente para mí.

Tomé uno. Llevaba sus iniciales estampadas en oro. Las mismas iniciales que campeaban escandalosamente en su solapa, en un pequeño y caro anagrama, también de oro.

Me pregunté si llevaría también las iniciales de su nombre estampadas en su ropa interior.

Encendimos los cigarrillos y él exhaló una nube de humo antes de hablar.

Entonces, dijo:

—He venido a contratarle, Sanger.

—No me hace ningún favor.

—¿Qué infiernos quiere decir con eso?

—No es saludable trabajar para gentes como usted, Rimmer.

—Bueno, son puntos de vista nada más. ¿Cuál es su tarifa?

—Cien diarios más los gastos.

—La doblo —dijo plácidamente.

—¿Cree que está jugando al póquer?

—Doscientos al día, más gastos... y diez mil si tiene éxito.

Me enderecé en el sillón.

—¿Dijo diez mil? —balbuceé.

—Seguro.

—¿No tiene usted bastantes pistoleros en su nómina para esos trabajos?

—¿Qué trabajos?

—Despachar a alguien.

Rió suavemente, como si hubiera escuchado un chiste medianamente divertido.

—No diga tonterías, Sanger. Hace muchos años que dejé de lado esas tácticas. Mi gente se ocupa de mis negocios, pero con los dedos lejos de los gatillos.

—Eso es lo que usted dice.

—Mire, entrando en materia, me he decidido por usted porque últimamente los periódicos han aventado algunas de sus investigaciones. Según los ensucia cuartillas, usted protegió a sus clientes, se enfrentó incluso con la policía y obtuvo éxitos resonantes.

—Y todo eso por cien pavos al día.

—Sí, ya lo dijo antes.

—¿Qué es lo que espera que yo haga por usted a cambio de todo ese dinero?

—Encontrar un asesino.

—Olvídelo. Ése no es mi juego.

Me miró y algo que chispeó en *sus* ojos extrañamente claros me produjo el mismo efecto que si acabaran de deslizarme un pedazo de hielo por la espalda.

—Recuerde los diez mil al final —murmuró—. De cualquier modo, va a trabajar para mí. Ya sabe que puedo crearle muchas dificultades en esta ciudad si me lo propongo.

—No me amenace, Rimmer, o se encontrará las narices en la nuca, a pesar de su hipopótamo amaestrado.

Enseñó los dientes en una sonrisa que no lo era.

—No gallee conmigo —dijo con calma—. ¿Ha leído los periódicos?

—Seguro. Están en la papelería todavía.

—¿Incluso lo de Luigi Tormo?

—Incluso.

Suspiró, saboreando el cigarrillo. Hice lo mismo, reconociendo que era un tabaco inmejorable.

Di un vistazo al gorila. Estaba plantado junto a la puerta,

inmóvil, la mirada perdida en alguna visión ignorada y no precisamente alegre, a juzgar por su expresión.

—Hagamos historia —dijo Rimmer, de pronto—. Usted sabe quién soy y lo que he sido, de modo que no necesitamos engañarnos el uno al otro. También debe estar enterado de que hace poco tiempo un individuo llamado Tino Cotten se ha establecido en la ciudad pretendiendo implantar unos métodos olvidados desde los tiempos de Chicago.

—Lo sé. Y creo que la policía también está enterada.

—Los polizontes son lentos, y generalmente dejan su trabajo sin terminar.

—En eso estamos de acuerdo.

Me miró otra vez de mala manera, pero no hizo comentario alguno.

—Bueno, ese fulano a quien han matado, Luigi Tormo, era el brazo derecho de Tino Cotten.

—También lo sé.

—Sí, claro... Bien, usted no ignora que desde hace años no hay violencias en nuestra ciudad. Todo funciona a la perfección sin necesidad de recurrir a las pistolas. Cotten es un tipo medio salvaje, y pretende pisarme el terreno. El asesinato de su lugarteniente me lo achacará a mí sin la menor duda, como pretexto para iniciar las hostilidades. ¿Entiende?

Asentí con un gesto. Aquello apestaba por todas partes, pero con tipos como Rimmer había que andar con pies de plomo, de modo que le dejé seguir sin despegar los labios.

—Quiero evitarlo —dijo, y su voz fue más tensa—. No puedo permitir que ese maldito idiota eche por tierra todo mi trabajo de estos años, siembre la discordia y organice una batalla campal un día sí y otro también.

—Concretamente. Rimmer —le atajé—. ¿Qué espera que yo haga?

—Buscar al asesino de Luigi Tormo, o por lo menos demostrar que yo no tuve nada que ver con su muerte.

—Usted está loco, amigo.

—¿Por qué?

—Éste no es un caso como otro cualquiera. La policía me barrerá del mapa en cuanto huela que meto la nariz en semejante

estercolero. Además, no creo que Cotten se esté quieto cuando advierta mi intervención en el asunto.

—Eso le corresponde a usted evitarlo. Yo me limito a pagarle.

—Maldito si tiene gracia. ¿Le gustaría pagarme un funeral de lujo?

—¿Tiene miedo, Sanger?

—¿Usted qué cree?

—Lo tiene —rió—. Pero trabajará para mí.

Echó mano al bolsillo y sacó un fajo de billetes que quitaba el aliento. Contó un montón y los arrojó sobre la mesa.

—Acostumbro a pagar bien a quien me sirve bien, Sanger. Pero también pego duro si tratan de engañarme. Aquí tiene un anticipo... de cinco mil.

Miré el montón de dinero y por primera vez en mi vida no sentí ningún deseo de tomarlo.

—Sigo creyendo que eso no dará resultado, Rimmer.

—Eso es solamente una opinión —rezongó—. Usted encuentre al fulano que mató a Tormo y tendrá otros cinco mil, más sus honorarios. Podrá tomarse después unas largas vacaciones.

—En el cementerio.

Se echó a reír, levantándose. Su gorila amaestrado se enderezó, alerta como de costumbre.

—Supongamos que fracaso —dije—. En un caso como éste, es lo más probable. ¿Qué ocurrirá entonces?

Lo pensó detenidamente.

—No me gustaría —gruñó—. Yo siempre obtengo lo que roe propongo.

—¿Si?

—Tendría usted que convencerme de que hizo cuanto pudo, Sanger. Soy difícil de contentar, usted sabe.

—Ya veo.

Hizo una seña al matón y éste abrió la puerta, asomándose fuera hasta quedar convencido de que en la sala de espera no había nadie.

Entonces le solté:

—Una cosa más, Rimmer... Si la policía mete las narices en mi actividad, no espere que mantenga la boca cerrada. No en este asunto.

Se encogió de hombros, con lo que no dejó de sorprenderme.

—Lo comprendo —dijo placenteramente—. Yo estoy en la otra acera con respecto a sus otros clientes. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Poco más o menos.

—Está bien. Pero recuerde que trabaja para mí y que quiero resultados.

Salió y cerró la puerta.

Me quedé allí, mirando el fajo de billetes con cierta melancolía. Pensé en mi otro cliente en potencia y se me ocurrió que si las cosas iban mal, muy bien podría servir ese dinero para pagar un ingreso en el Feliz Descanso...

Acabé por tomar el dinero y guardarlo en mi caja fuerte. Después, y tras pensarlo un poco, saqué el arnés de la pistola y me lo coloqué bajo la axila. Tras esto, inspeccioné detenidamente mi pesada Magnum, asegurándome que funcionaba a la perfección.

Con gentes como Rimmer y Cotten alrededor, lo mejor que podía uno esperar era una racha de tiros en el momento menos pensado, de modo que me juré a mí mismo que no sería el último en hacer fuego si se presentaba la ocasión.

Abandoné el despacho dispuesto a ver al otro cliente en potencia. Después de todo, si la suerte me volviera la espalda, no parecía descabellado estar en buenas relaciones con el propietario de una funeraria.

* * *

El hombre era lo más parecido a un pájaro que yo había visto en mi vida.

Delgado y pequeño, sus facciones eran afiladas, de ojos saltones y nariz delgada y ganchuda. Si su nombre era difícil, su aspecto resultaba casi cómico.

Vestía de oscuro, camisa blanca y corbata de seda negra. Tenía las manos largas y blancas, acusando con ello su temperamento nervioso.

—Le agradezco que haya venido, señor Sanger —cacareó tan pronto me hube presentado—. Estoy asustado, muy asustado.

—Cualquiera creería que un hombre que hace su trabajo no se asusta de nada.

Me miró para asegurarse de que hablaba en serio.

—Bueno, jamás he sentido ningún miedo de los muertos, ¿entiende lo que quiero decir? Son los vivos precisamente los que me asustan.

—Ya veo. Hábleme de ese intento de robo, o lo que sea que le hizo llamarme.

—Bueno, no estoy seguro de que lo sea. Pero anoche violentaron la puerta del depósito, en la parte trasera del edificio. ¿Comprende? Alguien hizo saltar la cerradura.

—¿Se llevaron algo?

—No. En realidad, no había nada que pudieran llevarse.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—¿No se da cuenta? Los ladrones no cometen equivocaciones al elegir el lugar de su golpe. Si entraron en mi establecimiento fue por algo determinado y pueden volver, puesto que no tocaron absolutamente nada. Pero sí se tomaron el trabajo de violentar la cerradura, y le aseguro que era de modelo muy complicado y seguro.

—¿Avisó a la policía?

—¿Hubiera servido de algo? Se habrían reído de mí.

Convine que eso era lo más seguro. Los policías trabajan con hechos concretos, o por lo menos con posibilidades que ofrezcan garantía, y ese intento en la funeraria era tan absurdo que nadie podía tomárselo en serio..., a menos que le pagaran para ello. Y ése era precisamente mi caso.

—¿Qué espera que yo haga? —dije—. No puedo quedarme aquí de modo permanente esperando que el ladrón lo intente otra vez para echarle el guante.

—No, claro que no. Ni siquiera se me ocurrió eso. Pero no me ha dejado exponerle todo lo que pienso, señor Sanger. Yo tengo dos empleados, ¿sabe usted?

—¿Cree que alguno de ellos es el autor de...?

—No lo sé. Quiero que investigue acerca de ellos. Especialmente alrededor de Pete Yuil. Ese muchacho no me gusta. Le creo capaz de cualquier cosa.

—¿Por qué?

—Es sólo una impresión, si es que comprende lo que quiero decir. Gasta más dinero del que gana, por lo menos, del que gana aquí. Lleva una vida desordenada y en el trabajo es más bien

taciturno, si es que entiende lo que quiero decir.

Esa muletilla final estaba poniéndome nervioso, pero me contuve esperando más explicaciones.

—Últimamente, incluso se ha vuelto descuidado en su *cometido*, y cuando le he llamado la atención se ha permitido responderme con desfachatez, cosa que nunca había sucedido. Investigue y si encuentra algo sospechoso, infórmeme y le despediré.

—¿Quién es el otro?

—Una chica. Winkie Lewis. Se ocupa de la administración únicamente en el despacho. Es eficiente, hay que reconocerlo, pero durante las horas de trabajo recibe demasiadas llamadas sospechosas.

Empecé a pensar que el hombre estaba viendo fantasmas donde no los había. Pero den dólares diarios más los gastos le permitían eso y algunas cosas más.

—De acuerdo —accedí—. Déme sus direcciones y trataré de hacerlo lo mejor que pueda, aunque déjeme anticiparle que lo más probable es que no haya nada sospechoso en ninguno de los dos. En cuanto a esa violación de cerradura, tampoco parece que sea obra de sus empleados. ¿No hubieran podido disponer de una llave, de haber querido entrar por la noche?

—Imposible. Yo guardo personalmente todas las llaves.

—Comprendo. Bien, le informaré regularmente.

—Tengo entendido que ustedes, los investigadores privados, acostumbran a cobrar un anticipo, ¿no es así?

—En efecto.

Asintió, y al mover la cabeza se me antojó más que nunca un pájaro que no encontrase su nido.

Me dio quinientos dólares, y a juzgar por su expresión atormentada, lo hizo tan a gusto como dejarse arrancar toda la dentadura.

Cuando salí del lujoso establecimiento, había cerrado la noche.

Tenía dinero en el bolsillo, dos trabajos en cartera y malditas las ganas de amargarme la noche empezando ninguno de ellos, así es que enfilé el coche hacia mi apartamento.

Tomé una ducha, cambié mis ropas y volví a la calle, sintiéndome poco menos que dueño de medio mundo.

Cené en

Tommy's,
dejando resbalar el tiempo, y luego pensé en Coral, en sus labios y en lo que atesoraba bajo sus vestidos de fantasía y salí zumbando.

* * *

Estaba cantando cuando llegué al Golden Queen. El local estaba lleno a reventar, y sin embargo, reinaba un silencio casi religioso en toda aquella masa.

Únicamente, su voz sensual, un poco ronca, insinuante de mil promesas, flotaba como un hechizo produciendo escalofríos.

Llegué hasta el mostrador y el mozo me sirvió sin esperar orden alguna. Cuando depositó cuidadosamente el largo vaso empañado por el hielo frente a mí, musitó:

—Esta noche está sensacional, señor Sanger. Esta chica vale su peso en oro.

—Seguro.

La miré mientras desgranaba su canto al amor y al placer. Era alta y desde cualquier lugar que se la mirase había mucho que ver.

Tenía una cintura inverosímil, que resaltaba la suave redondez de sus caderas. Su busto era agresivo y con el vestido de *lamé* dorado que llevaba no había que martirizar la imaginación tratando de saber si había trampa allá abajo. El escote en V le llegaba a la cintura, de modo que hubiera sido muy difícil disimular cualquier artificio destinado a poner de manifiesto la pujanza de sus senos.

Poseía un rostro en el que la experiencia no había dejado huella. Semejaba el de una niña que hubiera crecido demasiado aprisa, con grandes ojos de un verde hipnótico, profundos y curiosos. Los labios eran como uno espera que sean los de la mujer que ha soñado desde la adolescencia, sólo que mucho más tentadores.

Y sus largos cabellos rubios, cayéndole sobre los hombros, desafiaban todas las tendencias de las modas que iban sucediéndose.

Terminó su canción y el estallido de aplausos hizo temblar las lámparas. Aposté conmigo mismo a que cada uno de aquellos papanatas estaba seguro de que las ardientes frases pronunciadas por ella le iban dedicadas personalmente.

Esperé hasta apurar el *whisky*, mientras ella evolucionaba,

despidiéndose. A cada movimiento, la falda de pesado *lame* se abría de arriba abajo, dejando al descubierto su soberbia y mórbida pierna, tan perfecta que hubiera envidiado cualquier fotógrafo publicitario.

Después, desapareció y yo terminé mi *whisky*. Algunas parejas salieron a la pista y danzaron sin demasiado entusiasmo, quizá porque todavía era pronto.

Dejé unas monedas sobre el mostrador y me encaminé a la portezuela que comunicaba con los camerinos. El de Coral era el último del pasillo que había más allá del local.

Llamé con los nudillos. Su voz sonó clara al otro lado de la puerta.

—¿Quién?

—¿A quién esperas, primor?

—¡Al!

Empujé la puerta y entré, cerrándola a mis espaldas.

Se había despojado del espectacular atuendo artístico y sólo llevaba una especie de bikini burbujeante de encajes. Su cuerpo era una filigrana dorada por el sol, tan hermoso, que daba vértigo.

—Nena, si es así como recibes a tus visitantes, no me sorprenderá saber que cualquier noche se ha incendiado el local. Deja que recobre el aliento.

—Ven aquí, Al.

Fui, naturalmente.

Sus labios tenían toda la experiencia del mundo, pero no me ayudaron a recobrar el aliento, todo lo contrario.

Cuando los apartó vi el abismo de sus ojos tan cerca de los míos, que sentí tentaciones de caer en él.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuviste aquí? —me espetó, dejando que sus cabellos sedosos cosquillearan mi mejilla.

—Lo olvidé, querida.

—Pensé que también te habías olvidado de mí.

—Para eso tendrían que hacerme un lavado de cerebro. ¿Has terminado por esta noche?

—He de actuar otra vez. ¿Estás dispuesto a sacarme de aquí, Al, querido?

—¿A qué diablos crees que he venido?

Sonrió. Sus labios rozaron los míos, pero esquivaron cuando intenté aprisionarlos.

—Poco a poco, cariño —runruneó—. No seas ansioso. La noche sólo ha empezado.

Suspiré.

—Okay.

La aparté de mí para poder admirarla de cuerpo entero. En mi vida había visto una mujer semejante.

Retrocedió despacio, mirándome con chispitas doradas en el fondo de sus pupilas.

—Creo que será mejor que me vista —rió—. No me gusta la manera cómo me miras..., como si fueras a atacarme de un momento a otro.

—Estaba calibrando mis posibilidades —confesé.

—Olvídalo.

Tomó un vestido azul y se enfundó en él, no sin ciertas dificultades. Se lo ajustó, me pidió que le subiera el cierre automático de la espalda y tras esto señaló la puerta.

—Vamos a beber algo, querido.

La llevé a una de las mesas. Muchas cabezas se volvieron a mirarla de cerca. Las mismas miradas se volvieron agresivas al mirarme a mí.

Mientras el camarero se alejaba en busca de nuestro pedido, ella me espetó:

—Bueno, ya puedes soltarlo, amor.

—¿Qué?

—Lo que te preocupa.

—Maldito si sé de qué me hablas.

Sonrió. Sus labios volvieron a realizar diabluras con mi presión arterial.

—No me engañas, querido —dijo, suavemente—. Te conozco bien.

—¿Cómo puedes ser tan suspicaz? Vine a verte a ti, lo creas o no.

—Bueno, pero además piensas aprovechar el tiempo como de costumbre.

Me eché atrás en el asiento, mirándola, cosa que resultaba un auténtico placer para los ojos.

—Digamos más bien que tengo un par de temas de conversación determinados para esta noche.

Suspiró.

—Lo sabía. Puedo leer en ti como en un libro abierto.

—No lo creo. Si eso fuera cierto, te ruborizarías.

—¿A estas alturas?

El camarero trajo nuestras bebidas y eso marcó una pausa.

Bebimos, teniendo como fondo la música de la orquesta.

Después, ella apoyó los codos sobre la mesa acercando su cara a la mía.

—Terminemos pronto con esos temas que traes entre ceja y ceja, y luego hablaremos del mejor modo de emplear la noche, Al. ¿Sí?

—De acuerdo. Primer tema: Andy Rimmer.

Enarcó las cejas.

—¿Qué pasa con él?

—Vino a verme. En cierta forma, estoy trabajando para tu patrón.

—No lo entiendo. ¿Por qué vienes a contármelo a mí? Rimmer es el propietario de este negocio, como de otros muchos. Paga bien y tengo un buen contrato. ¿Qué más quieres que te diga?

—No necesito que me hables de él, nena. Conozco todo lo que hay que saber acerca del elegante Rimmer. Pero desde hace un par de meses está teniendo dificultades. ¿Qué sabes de eso?

Se encogió de hombros.

—Lo que todo el mundo. Un tipo llamado Tino Cotten pretende meterse en su terreno, especialmente en la industria del espectáculo y la diversión.

—Ajá. ¿Conoces a Cotten?

—Estuvo aquí un par de noches. Le acompañaban cinco o seis rufianes de la peor calaña. Vino en plan de desafío, ¿comprendes?

—Seguro. Demostró que no le temía a meterse en la boca del lobo, incluso en el mismo terreno de éste. ¿Qué pasó?

—Nada. Estuvieron bebiendo, se negaron a pagar y luego se fueron. No hubo escándalo ninguno. Rimmer ordenó que se les controlara, pero sin armar gresca.

—¿Estaba Rimmer aquí?

—En su despacho.

—Ya veo. ¿Cuándo estuvieron aquí por última vez?

—Hace dos o tres noches...

—¿Cuántas noches?

—Tres —aseguró después de pensarlo.

—Segundo tema —dije—. ¿Has leído los periódicos?

—Claro.

—¿Viste la noticia del asesinato de Luigi Tormo?

Asintió con un gesto.

Yo añadí:

—Era la mano derecha de Cotten.

—Lo sé.

—Y le mataron anteanoche.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, es sólo un comentario. ¿Se enfureció Rimmer en esas visitas de su rival?

—Bueno, digamos que no se sentía muy feliz.

—Se me ocurre que a tu patrón se le ha planteado un buen problema. Si Cotten le declara la guerra, la policía intervendrá y vayan como vayan las cosas, nada volverá a ser como hasta ahora. Todo su imperio se irá al infierno.

—Rimmer es poderoso, Al. Y tiene tantos o más pistoleros que pueda tener Cotten. Éste necesitaría un ejército para poder vencerle por la violencia. Además, yo creo que la policía prefiere a Rimmer en la ciudad. No les crea problemas, y es gracias a él que el bajo mundo se mantiene quieto. En cierto modo, Rimmer contribuye a que el trabajo de los polizontes sea más fácil.

—Lo sé, y es una situación endiablada. La ley protegiendo a un gángster, a sabiendas de que lo es.

—Mira, querido. Si no fuera Rimmer quien controlara el vicio, serían otros y lo harían por los viejos sistemas de violencia, corrupción y todo lo demás, porque no puedes pretender que ese estado de cosas sea eliminado de un plumazo.

—Por supuesto que no. Se necesitan otros medios para acabar con toda esa basura.

—Empiezas a preocuparme, querido. Cualquiera creería oyéndote que te propones, tú solo, limpiar la ciudad...

—¿Crees que estoy loco? Además, ya te dije que trabajaba para Rimmer..., en cierta forma.

Estuvo mirándome un buen rato, dubitativa. Después susurró:

—Si has terminado los temas preconcebidos, quizá podamos hablar ahora de nosotros dos.

—Puede ser interesante. ¿Por dónde empezamos?

Sonrió.

—Por donde terminamos la última vez. Recuerda que habíamos quedado citados en mi apartamento, sólo que tú no te presentaste.

—Ya te dije lo que sucedió.

—Bueno, esperemos que esta noche no se repita.

—¿Quieres decir que me invitas a tomar un trago en tu casa?

—A menos que prefieras beber en una cantina cualquiera.

—Olvidalo. ¿A qué hora?

—Tan pronto termine mi actuación..., dentro de veinte minutos.

Asentí. La cosa no podía complacerme más.

Entonces la vi ponerse tensa y mirar por encima de mi hombro. Antes de que pudiera volverme, ella susurró:

—O mucho me equivoco o tendrás ocasión de conocer personalmente al gran Cotten...

Ladee la cabeza, interesado. Bajo el arco de la entrada habían *aparecido* cuatro individuos, que a juzgar por su *aspecto*, *eran* descendientes directos del pitecantropus.

Atrás, cuadrados, rígidos, con las manos en los bolsillos, estudiaban la concurrencia con sus ojos de pescado.

—¿Cuál es Cotten? —pregunté sin dejar de observarlos.

—Cotten no está entre esos ejemplares —musitó la muchacha, inquieta—. Pero ésa es su gente. Por lo menos, dos de ellos vinieron con él la última vez que estuvo aquí.

—¿Sabes si Rimmer está en su despacho?

—No vino esta noche.

—¿Y sus matones?

—Sólo hay uno. El encargado de mantener el orden en el local.

—Presumo que va a tener que ganarse el sueldo duramente esta noche.

Los cuatro tipos avanzaron al fin. Apenas habían dado tres pasos, cuando dos más apartaron los cortinajes de terciopelo y se quedaron allí, cubriendo la salida.

Los cuatro tomaron distintas direcciones, colocándose de modo que pudieran dominar todo el local. La música se extinguió y las parejas comenzaron a regresar a sus mesas.

Me levanté.

—Larguémonos de aquí, nena. ¿Hay una salida trasera?

—Al final del pasillo de los camerinos, pero...

—Entonces, vamos. Esto no me gusta nada. Esos tipos vienen en plan de batalla.

Sorteamos las mesas en busca de la portezuela que había a un lado del pequeño escenario. Estábamos a mitad de camino cuando un vozarrón ladró:

—¡Atención todo el mundo, silencio!

Las conversaciones se extinguieron y creo que hubo quien incluso contuvo la respiración.

Al volvernos, vimos que ahora los seis individuos tenían las pistolas en las manos.

—¡Rápido, pequeña!

Empujé a Coral ante mí, pero de nuevo aquella voz retumbó:

—¡Tienen dos minutos para abandonar esta pocilga! Y si alguien tiene la idea de acercarse a un teléfono, mejor será que llame a un enterrador. ¡Dos minutos!

Se inició una desbandada general hacia la salida. Nadie precisó de más aclaraciones. Las pistolas eran un argumento endiabladamente convincente.

Coral susurró:

—¿Qué crees que se proponen hacer?

—Cualquiera sabe. Destruir el local probablemente... o llevarse la recaudación. Vámonos.

Conseguimos llegar hasta la puerta de los camerinos. En aquel momento, uno de los gorilas apareció junto a nosotros como si hubiera brotado del suelo, y cacareó:

—¡Eh, no tengan prisa, palomos!

Nos detuvimos. Su pistola era una «45» automática y la sostenía descuidadamente.

—Tú eres la nena que canta, ¿no? —Mugió el tipo—. Hay instrucciones adicionales respecto a ti, encanto. Vamos, te llevaré fuera.

Alargó la zarpa, apresando el brazo de Coral, que trató de retroceder sin conseguirlo.

Yo dije:

—Suéltala, compañero. Esta chica me pertenece.

—¡No me digas! ¿Quieres que te entierren? —Lo creas o no, estoy trabajando para una funeraria, de modo que la cosa no ofrecería muchas dificultades. ¡Suéltala!

Achicó los ojos.

—¿No me oíste? —Ladró—. Lárgate mientras puedas. Esta nena se viene con nosotros, después que hayamos hecho polvo todo esto.

Apenas quedaba nadie en la sala. Los últimos clientes se apelotonaban en la salida, vigilados por los pistoleros. Los camareros habían desaparecido y aquellos seis gorilas eran los amos del cotarro.

Coral murmuró:

—No hagas nada, Al... No quiero que te hagan daño...

El pistolero me hurgó el estómago con su «45».

—Ése es un buen consejo, pichón. Lárgate de una maldita vez.

Yo no tenía la más mínima idea de lo que se proponían hacer con Coral, pero sí estaba seguro de que no les permitiría llevársela.

—Está bien —dije—. No se puede discutir con una pistola.

—Ajá, no eres tan estúpido como pareces...

El tipo rió entre dientes y tiró de la muchacha. Di un vistazo a los demás. Dos se habían colocado al otro lado del mostrador y estaban bebiendo directamente de sendas botellas. Los demás controlaban a los últimos clientes que cruzaban el arco de entrada.

Di dos pasos muy cerca del matón y la chica, como si me dispusiera a encaminarme también a la salida.

Entonces giré como un rayo y le golpeé. Lo hice con toda la ira de que era capaz, alcanzándole en la yugular con el borde de la mano.

El tipo boqueó cuando caía de espaldas. Antes de que tocara el suelo, yo ya tenía mi fiel Magnum en la mano y empujé a la muchacha hacia la portezuela.

—¡Corre! —grité—. ¡Corre o nunca saldremos de aquí!

Salté hacia atrás en el instante en que uno de los pistoleros me mandaba un balazo.

Le respondí sin preocuparme de apuntar. Crucé la puerta y corrí en pos de mi chica, oyendo los gritos de los gangsters allá atrás.

—¡Sal fuera y espérame!

Me obedeció y la vi desaparecer por el recodo del fondo.

Entonces me detuve rechinando los dientes. No tardaron en

aparecer. Tres de ellos se precipitaron por la puerta como toros enfurecidos.

Les detuve con un balazo que clavó al primero contra sus compinches. Hubo un buen barullo mientras intentaban quitárselo de encima, pero yo seguía allí y mi Magnum tronó una y otra vez, estremeciendo las paredes.

Dos de ellos quedaron allí. El tercero, herido, logró retroceder, desapareciendo por donde había entrado al pasillo.

Eché a correr. La puerta que daba al callejón lateral estaba abierta y fuera estaba oscuro. Salí y miré arriba y abajo. No pude ver ni rastro de la muchacha.

—¡Coral! —grité lleno de angustia.

No obtuve respuesta.

Volví atrás, pensando que quizá se había entretenido en su camerino para recoger cualquier cosa.

Más el camerino estaba vacío.

Cuando lo abandoné, una bala levantó astillas de la puerta a dos pulgadas de mi cabeza.

Me dejé caer de bruces, maldiciendo en todos los tonos.

Sólo había dos tipos parapetados detrás de los cuerpos de sus compinches muertos. Retrocedí por el pasillo. Si podía alcanzar el recodo estaba salvado.

Disparé, no obstante, sólo para mantenerlos aplastados contra el suelo.

Cuando volví a salir al callejón emprendí la carrera más desesperada de mi vida, seguro que no tardarían en tratar de cazarme.

Así fue. Sonaron los primeros disparos cuando estaba a punto de alcanzar la calle Fremont, iluminada y llena de gente. Pero a aquellos fulanos no parecía importarles en absoluto sembrar la alarma en toda la ciudad.

Una bala me desganó la chaqueta y noté el tirón. Eso puso alas a mis pies, y cuando desemboqué en la acera, todo el mundo corría con tanto entusiasmo como yo mismo.

Oí los silbatos de los policías de ronda, y una sirena en alguna parte. Pero para entonces, yo estaba confortablemente rodeado de asustados ciudadanos que ponían tierra de por medio entre ellos y el escenario de la batalla y respiré, aliviado.

Por lo menos, los «torpedos» de Tino Cotten no tendrían tiempo de hacer trizas el local de Rimmer.

Pero se habían llevado a Coral.

Habían capturado a mi chica sin la menor duda, porque ella nunca hubiera huido sin esperarme.

Maldije para mis adentros y me juré que aquello sería la sentencia de muerte de Tino Cotten, aunque fuera lo último que yo hiciera en este mundo.

CAPÍTULO II

Había un coche negro delante del edificio donde tenía mi apartamento. Del coche salió un hombre alto y delgado cuando yo llegué a la puerta y una voz exclamó:

—¡Eh, Sanger!

Me volví, y en mi mano campeaba la Magnum cuando él echó a andar.

Se detuvo un instante al ver el arma, pero luego se acercó, mascullando:

—¿A qué diablos cree que está jugando, hombre?

Suspiré aliviado al reconocerle.

—Hola, teniente —dije, guardando mi vacía pistola—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Esperándole. He intentado comunicar con usted un millón de veces, pero no hubo manera. ¿Dónde estaba metido?

—¿Para qué quería verme? —pregunté a mi vez, ignorando su interrogatorio.

—Vamos, subamos arriba y hablaremos. No estoy de servicio ahora, así que podrá invitarme a un trago.

—No creo que lo necesite usted tanto como yo.

Le entregué su vaso y me recosté en el diván.

El policía comentó:

—Ésa es una de las pocas cosas que me gustan de usted, Sanger; no es tacaño con el *whisky*.

—Dígame qué le preocupa, Brooks.

—Usted, ni más ni menos.

Bebí un sorbo, paladeándolo. Después dije:

—Nunca he sido un problema para la policía.

—¿A qué llama usted problemas? Bueno, no importa.

Concretando las cosas, ¿qué quería Rimmer?

—¿Cómo sabe que vino a verme?

—Le vigilamos.

—¿A mí?

—A Andy Rimmer.

—Ya veo.

—Las cosas están ensuciándose desde hace un par de meses, aunque eso un tipo tan agudo como usted, ya debe saberlo. No queremos jaleos si podemos evitarlos. Por eso le vigilamos, mientras intentamos descubrir quién despachó a Tormo. ¿Comprende?

—Seguro, pero mucho me temo que las hostilidades ya han empezado.

—¿Qué quiere decir con eso?

Levantándome, abrí un cajón de la librería y saqué una caja de cartuchos. Regresé al diván y empecé a llenar el cargador de la Magnum ante la mirada estupefacta del policía.

—Esa representación —gruñó—, ¿tiene algún significado especial?

—Lo tiene.

Y le conté lo sucedido en el local de Rimmer, incluyendo la desaparición de Coral.

Me escuchó con creciente asombro. Después masculló:

—De modo que armó usted la primera batalla... ¿Fue para eso que le contrató Rimmer? Yo creí que él tenía suficientes pistoleros para esos trabajos.

—No desbarre, teniente. Fue por la muchacha que peleé con esos bastardos. Rimmer no tiene nada que ver con eso.

—No le creo. Estuvo a visitarle en su oficina, escoltado por ese orangután que jamás se aparta de él.

—Es cierto, pero me contrató para otra clase de trabajo.

—Eso es lo que yo vine a saber. ¿Qué trabajo?

—Luigi Tormo.

—¿Está loco? Luigi Tormo está muerto. Si lo duda, visite la Morgue y podrá contar los agujeros que le hicieron.

—Nunca lo puse en duda. Pero fue a causa de ese crimen que Rimmer me contrató.

—Eso no tiene sentido —dijo al fin—. Se supone que fueron las gentes de Rimmer quienes le despacharon.

—¿Eso es lo que cree la policía?

—Exactamente, aunque carecemos de pruebas.

—Como tantas veces, siguen la dirección equivocada. Rimmer me contrató para que trate de demostrar que él no tiene nada que ver con la muerte de Tormo. Es más; me pidió que buscara al asesino.

Casi saltó fuera de la butaca.

—¿Pretende tomarme el pelo, Sanger?

—No.

—Pues lo parece. ¿A quién cree usted que engatusará con esa historia?

Me encogí de hombros.

—Tómelo o déjelo. Ésa es la verdad y no hay otra, Brooks.

Se rascó la nuca, alborotando más si cabe su cabello hirsuto. En todo el tiempo no apartó los ojos de mí, unos ojos cargados de sospechas y desconfianzas.

—Rimmer teme que Tino Cotten tome el asesinato de su lugarteniente como una declaración de guerra. No le conviene a sus intereses y eso usted puede comprenderlo tan bien como yo, teniente.

Cabeceó, lleno de dudas.

—Hubiera apostado la paga de un mes a que Rimmer mandó liquidar a Luigi Tormo para que sirviera de advertencia a Cotten...

—Usted sabe tan bien como yo que Rimmer detesta esos sistemas desde que se encumbró en la ciudad. Hasta donde él puede serlo, se le considera casi respetable actualmente.

Asintió con un gesto, pero gruñó:

—La cabra siempre tira al monte, Sanger.

—No Rimmer. Aquí tiene amistades, influencias, una posición fantástica y negocios que le han costado años y años de férreo control. Mantendrá todo esto mientras no se vea obligado a convertir las calles en campos de batalla. Si vuelve a los métodos de Chicago, está perdido y eso es justamente lo que quiere evitar.

—¿Cree usted que no lo sé? Pero lo difícil es saber cómo se propone evitarlo. Antes de renunciar a su poder luchará como un gato panza arriba. No le ocultaré que la situación también nos preocupa a nosotros. Rimmer, en cierta forma, es una garantía de orden, aunque eso pueda parecer paradójico. Como detalle, le diré

que nuestra ciudad es la que tiene el índice más bajo de violencia de todas las del país con igual número de habitantes, y lo que es más importante, el tráfico de drogas es aquí prácticamente inexistente. Rimmer se ha ocupado de que fuera así, en un intento de mantener a la policía tranquila.

—Es como si les hubiera ofrecido una compensación a cambio de que le dejasen las manos libres a él.

—Puede describirlo así si quiere —dijo, encogiéndose de hombros—, pero yo he visto lo que las drogas están haciendo a la juventud de otras poblaciones y no me gustaría que la cosa llegase a nuestros muchachos. Y Tino Cotten, según se sospecha, tiene excelentes relaciones con los más importantes traficantes del país.

—Así que Cotten debe ser borrado del mapa.

—Eso sería una gran cosa, si pudiera conseguirse sin armar una batalla campal.

Le observé, preguntándome hasta qué punto hablaba por su cuenta y hasta dónde expresaba la opinión oficial de las altas esferas.

Dejé de pensar cuando él añadió:

—Supongamos que me ha dicho usted la verdad, señor Sanger...

—Nada de «supongamos».

—Muy bien, aceptado. ¿Puedo contar con que me facilitará los detalles de cuánto averigüe?

—¿Y si no lo hago?

—Le apartaré del asunto tan rápidamente que ni tendrá tiempo de darse cuenta.

—Ya veo... Coacción se llama a eso.

—Llámelo como quiera. ¿Sí o no?

—Usted gana.

Sonrió.

—No confío mucho en su buena fe, Sanger —comentó—. Hasta ahora, siempre ha mantenido a cubierto a todos sus clientes...

—Rimmer no es un cliente normal para mí. A pesar de todas las opiniones oficiales, él sigue siendo una basura.

—En eso estamos de acuerdo, pero hay ocasiones en que incluso la basura es necesaria en la ciudad..., tal vez para que algún día pueda barrerse y dejarla limpia del todo.

Se levantó. Señalando el lado izquierdo de mi cuerpo, indagó:

—¿Precaución solamente?

—¿Se refiere a la pistola? No; voy a buscar a Coral.

Arrugó el ceño.

—A juzgar por lo que me ha contado, no tiene la seguridad de que la hayan capturado esos bastardos, Sanger. Quizá la chica, asustada, huyó y a estas horas se encuentra en su apartamento esperando que usted la llame. ¿Lo ha probado?

—No, pero...

—Hágalo.

Descolgué el teléfono y marqué el número que sabía de memoria.

Nadie respondió.

—Se la llevaron —dije entre dientes—. Debieron tener un coche vigilando la salida trasera y eso es algo que yo debí de prever.

—Haré lo que pueda por mi parte —prometió—. Si pudiésemos tener la absoluta seguridad de que ha sido así podríamos echar sobre Cotten una acusación por rapto y eso haría intervenir a los federales, con lo cual nos solucionaría la papeleta.

—Es una idea..., pero que no me garantiza la seguridad de la muchacha, de modo que lo haré a mi modo. De cualquier manera, gracias por su ofrecimiento.

Salió, taciturno. Él sabía que mi manera de hacer estas cosas suele ser más bien ruda y le preocupaban los resultados, porque podía encontrarse con una fila de cadáveres entre las manos y eso haría vociferar a los periódicos.

Esperé cosa de un minuto y luego salí. El coche del teniente había desaparecido, pero eso no me tranquilizó porque Brooks era muy capaz de haber dejado a uno de sus esbirros vigilando los alrededores solo con la misión de seguirme los pasos y evitar cualquier tiroteo.

De modo que di un rodeo, volví atrás y escruté las sombras hasta que me dolieron los ojos.

No vi el menor rastro de nadie sospechoso.

Tranquilizado por ese lado, tomé el coche y emprendí el camino de la residencia que Rimmer tenía en las colinas.

CAPÍTULO III

Andy Rimmer, envuelto en un elegante batín de seda negra, estaba en compañía de su lugarteniente cuando me recibió.

—No le dije que viniera a verme aquí —masculló—. ¿Qué es lo que corre tanta prisa? Estoy terriblemente ocupado en estos momentos.

—¿Ocupado en el tiroteo de su local?

Achicó los ojos.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Estaba allí.

—¿Qué?

—En realidad, yo inicié los fuegos artificiales.

—¡Condenación! ¿Quién demonios le mandó armar una batalla en uno de mis negocios?

—Nadie, pero las cosas vinieron rodadas y no hubo otra solución.

Le conté lo sucedido, dejando bien claro que la integridad de su negocio me importaba un bledo. Vi que su hombre de confianza arrugaba el ceño, mirándome como si quisiera fundirme, pero él escuchó hasta el final sin interrumpirme ni una sola vez.

—Así que se llevaron a la chica —refunfuñó, pálido—. Debí figurarme que ese puerco intentaría algo así.

—Voy a encontrarla, Rimmer —dije—. He venido aquí para saber dónde está Cotten. Usted forzosamente ha de estar enterado.

Fue Boy Rock, su lugarteniente, quien replicó:

—¿Pretende enfrentarse usted sólo con toda la pandilla de Cotten?

—Si quieren hacerlo ustedes, adelante —dije de mal talante, añadiendo luego—: Pero apuesto que a Rimmer no le interesa esta

clase de actividad.

—Lo malo es que tiene usted razón, no me interesa —replicó el aludido—. Asaltar el refugio de Cotten con mi gente haría intervenir a la policía y me crearía más problemas de los que puedo desear. Pero déjeme decirle que está loco si piensa hacerlo usted solo. Le matarán en cuanto lo intente.

—Bueno, ya lo intentaron en el *cabaret* y salieron descalabrados.

—Lo sé. Hubo dos muertos y uno escapó gravemente herido, a juzgar por las declaraciones de los testigos... He recibido la visita de los polizontes encargados del caso, y presumo que no será la última, maldita sea.

—De cualquier modo, voy a hacerlo. Esa chica en poder de Cotten debe estar pasándolo muy mal. Lo que me gustaría saber es por qué dio órdenes de cazarla.

Rimmer me observó largamente, arrancando nubes de humo de un aromático cigarro. Cambió una mirada con Boy Rock y masculló algo entre dientes.

—Si sabe usted algo, suéltelo —le espeté.

—¿Qué significa Coral para usted, Sanger?

—Bueno, es una buena amiga.

—¿Nada más eso?

—Nada más. Estuve a punto de pasar una noche con ella hace ya algún tiempo, pero surgieron dificultades a última hora.

—¿Y no intentó otra vez esa experiencia?

—Lo intenté esta noche.

—Entiendo. Hubiera usted fracasado de nuevo.

—¿Por qué?

—Coral es mi chica, Sanger.

Casi me caí de espaldas.

—No puedo creerlo, Rimmer.

—¿Quiere testigos? —rió.

Le miré y algo debió ver en mis ojos que no le gustó, porque desvió los suyos a un lado y murmuró:

—Realmente, no es una cosa que sea del dominio público, Sanger. Pero es cierto.

—Me gustaría aplastarle a usted, Rimmer —aseguré, rechinando los dientes—. Aplastarle como a un gusano.

—Bien, no es usted el único, sólo que no tiene ni una

oportunidad.

Boy Rock masculló:

—No debería permitirle que le hable así, Andy...

—Sanger puede hacerlo —rió el magnate—. Además, en cierta forma, tiene razón al estar resentido conmigo. Acabo de hacer trizas su sueño. ¿Todavía quiere arriesgar la cabeza para rescatar a Coral?

—Todavía. Aunque eso es algo que debería hacer usted.

—Estoy en una condenada posición, créame. Pero diré algo, Sanger..., mejor dicho, aumentaré la asignación si la rescata. Cinco mil más.

—¿Cinco mil es el precio de Coral?

—No sea tan quisquilloso. Empieza a...

Calló al oír el repiqueteo del teléfono. Lo descolgó instintivamente, gruñendo:

—Rimmer al habla...

Escuchó un instante y dio un respingo.

—¡Infiernos! —exclamó—. Cuánto me alegra... Repítelo... ¿Sí? Espera un minuto...

Apartó el auricular y mirándose rió.

—Es usted un romántico idiota, Sanger. Es Coral quien habla.

Di un salto hacia él.

—¿Ella?

—Sin la menor duda.

Le arrebaté el aparato de las manos, mientras el maldito seguía riéndose.

—¡Coral!

—¿Cómo...? ¡Al! —chilló—. ¿Qué estás haciendo en casa de Andy..., de Rimmer?

—El ridículo —dije—. ¿Estás bien?

—Claro que estoy bien.

—¿Qué pasó cuando saliste?

Antes de que pudiera responderme, Rimmer me apartó, quedándose con el teléfono.

—Olvídalo, nena. Sanger estaba en las nubes. Él pensaba que te habían raptado o algo así. Reconozco que es un aspirante a héroe..., iba a lanzarse en tu busca como un viejo caballero andante... ¿Te veré esta noche? ¿No...? Está bien, lo comprendo. Hasta mañana, primor.

Colgó antes de que yo pudiera llegar al teléfono. Estuvo mirándome un buen rato entre burlón y risueño.

—Bien. Ya no es necesario que arriesgue la cabeza, Sanger.

Asentí con un gesto.

—¿Por dónde se sale de aquí? —Fue todo lo que dije.

Boy Rock, alto, recio, duro como la piedra, me abrió la puerta, disponiéndose a llevarme a la salida del caserón. Antes de que pudiera cerrarla todavía escuché la risita de Rimmer allá dentro.

Bueno, el golpe había sido duro, eso hube de reconocerlo. No podía quejarme porque ella no me había hecho ninguna promesa..., pero se había reído de mí.

Recordé sus labios mientras manejaba el coche rumbo a la ciudad. Eran de fuego cuando me besaron. Y sus palabras, y cuanto dejó entrever, me impulsaron a creer que había alcanzado el paraíso con la mano.

—¡Estúpido! —mascullé en voz alta.

No detuve el coche hasta llegar a las inmediaciones del apartamento de la muchacha, objeto de mi amarga ira.

Subí, conteniéndome. Llamé y ella acudió a la puerta, abriéndola sin titubear.

Se echó atrás al verme.

—Entra —murmuró.

Lo hice y ella cerró.

Estuve observándola unos instantes, hasta que no pudo soportarlo más y exclamó:

—Está bien, Al..., suéltalo ya.

—No vine a insultarte, si es eso lo que esperabas.

—Lo siento..., era algo que yo no podía decirte.

—Olvida las lamentaciones. Sólo dime qué sucedió cuanto saliste a la calleja.

—Nada.

—¿Nada? Te dije que me esperases.

—Quizá, pero no lo entendí. Estaba completamente loca de miedo. Salí y eché a correr, eso es todo. Anduve durante horas, aturdida, sin saber qué hacer. Finalmente entré en un cine y allí me tranquilicé lo suficiente para volver a pensar con sentido común. Traté de llamarte, pero no estabas en tu casa. Entonces...

—Entonces llamaste a Rimmer.

—Sí.

—Sólo que yo estaba allí.

Asintió con un gesto.

—Está bien, nena. Fui un estúpido, así que ríete todo lo que quieras. Tienes derecho a ello.

—Oh, no, Al..., por favor...

—Cuéntaselo a tu amo.

Me encaminé a la puerta. Ella corrió, cerrándome el paso.

—Por favor, debes escucharme... Rimmer no significa nada para mí...

—Sólo tú cuenta corriente. Yo nunca podría engrosarla como lo hace él. ¿Es eso lo que querías decirme?

—¡No, no, Al! Créeme..., no pude negarme..., fue cuando me contrató y...

—No quiero saber tu historia amorosa, primor. Si quieres echarla fuera, escríbela. Puede ser un *best-seller*.

Llegué a la puerta. Ella aún hizo otro intento por detenerme, pero la aparté de un empujón, abrí y salí, cerrando con un portazo que resonó en todo el silencioso edificio.

Sintiéndome en ridículo, tomé rumbo a mi apartamento.

Fue una maldita noche desde cualquier lado que se la mirase.

CAPÍTULO IV

Tenía un dolor de cabeza espantoso cuando me llamó el teniente, a la mañana siguiente. Soporté sus burlas con respecto al «rapto de Coral», y luego me dijo que no había el menor rastro de Cotten y su gente.

—Quizá el tiroteo de anoche les asustó y han decidido tomarse unas largas vacaciones —acabó, esperanzado.

Colgué, sintiéndome peor a cada momento. Engullí un par de aspirinas con un vaso de agua. No sentía ningún deseo de moverme.

Entonces el teléfono escandalizó nuevamente.

—¿Bueno? —Gruñí—. Aquí Sanger.

—Le habla Schwartz.

—Usted tenía que ser...

—¿Cómo dijo?

—Nada...

—Es respecto a Winkie.

—¿Quién?

—Mi empleada. Oiga, ¿se encuentra usted bien, Sanger?

—La verdad es que no, pero siga, le escucho.

—No vino esta mañana. Llamó por teléfono diciendo que se encontraba mal. ¿Ha averiguado usted algo respecto a ella?

—Todavía no, pero estoy intentándolo. Le informaré tan pronto tenga algo que decirle.

—Bueno, sólo quena que lo supiera. Uno nunca sabe a qué atenerse con esas chicas de ahora...

Y colgó.

De modo que era una mañana de perros.

Pero el hombre me había entregado quinientos dólares y tenía derecho a un poco de actividad.

Abandoné la oficina, rechinando los dientes contra mí mismo.

Después de todo, y mirándolo desde un punto de vista práctico, era más seguro trabajar para el propietario de la funeraria que para mi otro y más importante cliente, el gran Rimmer.

La dirección era una casita pequeña y pulcra, rodeada de una franja de jardín no demasiado bien cuidado, pero en el que debería dar gusto ver correr el tiempo cuando el sol se hundiera tras las montañas.

Justamente lo que yo necesitaba en aquellos momentos, un lugar donde tenderme y dejar pasar el tiempo hasta que el dolor de cabeza se fuera al diablo y me dejara en paz.

Llamé y ella apareció en el umbral, envuelta en una bata ligera que hacía cuanto le era posible para ocultar la exuberancia vital de la muchacha.

Era joven, no más de veinte años seguramente. Y resultaba lo bastante alta como para emparejarse conmigo, y mido uno ochenta y dos. Sus senos libres debajo de la teta peleaban con éxito contra ésta.

Sus grandes ojos, profundos y negros, tenían un brillo ardiente que le hacía pensar a uno en las noches del desierto, en miles de estrellas titilando en la negrura y en los sueños descabellados que todo ello junto podría producir.

—Usted debe ser Winkie —dije.

—Seguro, ¿y usted, quién es?

—Me llamo Sanger, pero todo el mundo me llama Al, ¿sabe?

—Eso no tiene gracia.

—Pero es cierto.

—Bueno, ¿qué es lo que vende?

—Nada, preciosa. Sólo hablo. Y hago que los demás hablen conmigo.

—Si es una broma ha perdido el tiempo. No me impresiona.

Hizo ademán de cerrar la puerta. Introduje el pie y casi me lo aplastó con zapato y todo.

—¡Eh, tómelo con calma! —exclamé—. Trabajo para Schwartz.

Volvió a abrir y me miró con el ceño fruncido.

—Eso es una condenada mentira —estalló—. Nunca le he visto en el negocio.

—Me contrató ayer. ¿Puedo pasar?

—No, a menos de ofrecerme una buena razón.

—Tal vez sea una buena razón decirle que su empleo depende de mí...

—¿Otra de sus bromas?

—¿Puedo pasar o no?

Se apartó a regañadientes.

—Muy bien, pero le advierto que tengo una voz como un clarín. Hágase el fresco y me oirán desde el Golden Gate.

—No lo dudo.

Entré y ella cerró la puerta, diciéndome:

—Antes de que lo pregunte, le diré que estoy sola en casa, pero eso para usted no es ninguna ventaja. No soy una chica asustadiza. Y ahora al grano, señor Sanger.

—Al, ¿recuerda?

—No empiece otra vez.

—¿Puedo sentarme?

Titubeó. Luego, no muy convencida, señaló una butaca y ella tomó asiento en otra, lo bastante alejada de mí como para tener espacio suficiente en que maniobrar si las cosas se ponían difíciles.

—¿Qué es eso de que trabaja para el viejo buitres?

Hizo un gesto de impaciencia. Le sonreí.

—Concretando, le diré que soy detective.

Casi saltó fuera de la butaca.

—¡Maldito sea! —estalló—. Ha contratado un detective sólo para averiguar si yo estaba realmente enferma...

—No fue por eso, pero ya que hablamos del tema, le diré que no parece usted indispuesta en absoluto. Realmente, su aspecto es como el de un millón de dólares.

—Ande y dígaselo al viejo y al diablo con todo. Ya encontraré otro empleo.

Sacudí la cabeza.

—Escuche, primor. No vine aquí a fisgonear si estaba usted o no enferma. Se trata del intento de robo.

—¿De qué?

—¿No estaba usted enterada?

—No sé de qué me habla. En absoluto...

—Alguien violentó la puerta del depósito. Eso fue anteanoche.

Sacudió la cabeza.

—Pero eso es absurdo. ¿Qué podía buscar allí?

—¿No hay dinero?

Casi saltó fuera de la butaca.

—¿Dinero? —rió—. No sea absurdo. El viejo Schwartz no deja un centavo en la oficina ni por equivocación.

—Eso me dijo él. Pero el caso es que alguien saltó la cerradura y entró.

—No lo entiendo...

—¿No se le ocurre qué podían buscar?

—No... Es lo más ridículo que oí en mi vida.

La bata se le había abierto lo suficiente para mostrar una larga y hermosa pierna. Su piel poseía un suave tono dorado hasta mucho más arriba de la rodilla y me pregunté hasta dónde llegaría...

—Si deja de interesarse por mis piernas quizá quiera decirme algo más —me espetó.

Pero su voz no expresaba demasiada indignación después de todo.

—Bueno, reconozca que es un espectáculo atractivo, por decir lo menos.

—¿En estos tiempos de minifaldas y todo eso?

—Precisamente.

Estuvo observándome unos instantes. Al fin, sus labios rojos perdieron su rigidez y esbozó una sonrisa adorable.

—Usted gana, detective —suspiró—. ¿De veras vino sólo por ese absurdo robo?

—No hubo robo. Bueno, la verdad es que debo investigar al personal, pero eso puede esperar.

—Creo que dejaré ese empleo de todos modos —masculló.

Eso no me importaba en absoluto, así que volví a mi tema.

—Intente imaginar una razón por la que alguien quisiera introducirse en el depósito.

Arrugó el ceño, perpleja.

—Bueno, quizá algún tonto creyó que los cadáveres eran colocados en su ataúd cargados con todas sus joyas o algo así.

—Eso no se le ocurriría ni a un retrasado mental.

—Hay gente muy rara, usted sabe.

—Pero no hasta ese extremo. Veámoslo de otro modo. ¿Quién recibe a los visitantes?

—Primero yo. Luego, si se trata de clientes probables, los paso al señor Schwartz.

—Pero usted recibe a todo el que llega al Feliz Descanso...

—Así es.

—¿Recuerda a los que recibió en los últimos días?

—Eso es fácil. No hubo muchos.

—¿Alguno que llamase la atención, no importa por qué causa?

Sacudió la cabeza.

—No..., la mayoría preguntan por las tarifas, los trámites y todas esas cosas.

—¿Los pasó todos a su jefe?

—No, por supuesto que no. Generalmente, de cada cuatro visitantes le paso uno. Los demás, tal como le digo, se interesan por las tarifas, las condiciones de pago y las categorías de los servicios.

—¿Seguro que no hubo ninguno especial, alguien que se interesase por otros detalles?

—No, ya le dije que... Bueno —rectificó de pronto—, excepto uno.

—¿Quién fue ése?

—No dijo su nombre. Empezó por lo de costumbre. Luego habló de que, hace un par de años, una familia amigos suyos, utilizaron los servicios de una firma como la nuestra y dijo que le gustaría saber si había sido el Feliz Descanso.

—¿Eso fue todo?

—Casi todo..., hube de consultar nuestros ficheros para complacerle. Resultó que sí era nuestra firma la que había realizado el servicio. Dijo que pensaba consultar tarifas de otras funerarias y se marchó.

—Eso no nos lleva muy lejos... ¿Recuerda el nombre por el que preguntó el individuo?

—No, era un nombre más bien raro. Y la ficha llevaba la fecha de casi tres años atrás.

—No deja de ser curioso, pero por más que lo pienso no veo que eso pueda tener relación con el asalto.

—Yo no dije que la tuviera, pero usted preguntó.

Asentí con un gesto. No había hecho nada para ocultar su larga y mórbida pierna, por la que dejé resbalar la mirada. Cuando la levanté tropecé con sus ojos.

—Es usted un hombre de ideas fijas, ¿eh? —comentó.

—¿Fijas? Usted me impide concentrarme, eso es todo.

Se echó a reír, levantándose.

—Sólo por eso voy a ofrecerle un trago —dijo—. No es tan peligroso como creí en un principio.

—Sólo deme tiempo.

—Le daré *whisky* —rió—. ¿Cómo lo quiere?

—Con hielo, si no es demasiada molestia.

Asintió y se fue a la cocina.

Aspiré el suave aroma que quedó flotando en la atmósfera. Era un perfume sutil, casi turbador, que se filtraba dentro de uno de manera enervante.

Cuando regresó lo hizo balanceándose cadenciosamente sobre sus largas piernas. Movía las caderas con el mismo y suave ritmo que una bailarina en la pasarela de un teatro.

Tomé el vaso. Ella bebió un sorbo y suspiró.

—¿Se lo dirá usted al viejo?

—¿Decirle qué?

—Que no estoy enferma.

—¿Después que acaba de sobornarme con su licor?

Sonrió, y puedo jurar que sus labios húmedos y rojos fueron una tentación endiablada.

—Es usted muy amable, Al.

—Ahora recuerda mi nombre, ¿eh?

—Ahora ya no desconfío de usted. ¿Sabe una cosa? Fui al teatro anoche, con dos chicas amigas mías. Esta mañana no tuve fuerzas para abandonar el lecho y telefoneé diciendo que estaba indispueta.

—Siento tentaciones de someterla a chantaje.

—¿De qué habla, hombre?

—Bueno, o acepta comer conmigo o la delato a su gruñón jefe, añadiendo que usted le calificó de buitre.

—Vaya, empiece a destaparse, ¿eh?

—No puede negarse si quiere conservar el empleo.

Sonrió y volvió a beber. Cruzó las piernas, la bata se deslizó a un lado y el que se sintió chantajeado entonces fui yo.

—He oído decir que la víctima de un chantaje, si paga una vez, ya no se ve libre de la sangría.

—Mi sangría es más bien modesta. Sólo una comida y además, la pagaré yo.

—¿Y la segunda vez?

—Bueno, quizá una cena.

—Naturalmente, habrá una tercera...

—Muy posiblemente.

—Es usted insaciable como chantajista, ¿eh?

—Eso no lo sabrá usted hasta que lo compruebe personalmente.

—Lo comprobaré.

—Entonces, ¿de acuerdo?

Asintió.

—Comeré con usted.

—Y luego cenará también conmigo.

—¿Y luego? —me espetó.

La miré recto a los ojos. Dentro de su negrura brillaban chispas de luz.

—Lo discutiremos después de la cena.

—Muy bien, Al. Será una experiencia nueva. Nunca antes fui chantajeada.

Levantándose, prometí:

—Pasaré a buscarla a las doce y media.

Me pregunté qué pasaría si trataba de besarla como despedida. Lo dejé correr. No valía la pena arriesgarse a estropearlo todo por una precipitación absurda.

Me acompañó a la puerta. Incluso cuando ya hube salido, continué experimentando la misma excitación que en su presencia.

Decididamente, la muchacha tenía «algo».

Y yo estaba decidido a averiguar qué.

CAPÍTULO V

No lo averigüé durante la comida, que en realidad fue una simple «toma de contacto».

Todo quedó después más o menos como estaba antes de encontrarnos para comer, sólo que quedaron establecidos los lazos necesarios para una cena que prometía mucho más.

Así que todo estaba bien aquella tarde, cuando me encaminé a los lugares más sórdidos de la ciudad, envuelto todavía en el influjo magnético de la muchacha, soñando en la próxima noche y en lo que vendría después.

Dejé el coche en un estacionamiento vigilado, con la esperanza de que al regresar a buscarlo no le faltara ninguna rueda. En aquellos barrios había que andar con mucho tiento.

Hice preguntas aquí y allá, interrogué a escurridizos individuos capaces de delatar a su propia abuela a cambio de unas monedas, pero no saqué mucho en limpio..., hasta que encontré a un individuo llamado Sony Kowsky.

Sony me descubrió cuando entré al lóbrego salón de billares. Se encontraba disputando una partida y se limitó a señalarme una mesa con un movimiento casi imperceptible de cabeza, tras lo cual prosiguió su partida sin parecer preocuparse de nada más.

Pedí una cerveza en lata porque en esos tugurios es peligroso aventurarse a beber *whisky*. Por regla general le sirven a uno una especie de vitriolo capaz de dejarle tieso.

Fumé varios cigarrillos y trasegué tres latas de cerveza antes de que Sony Kowsky terminase su partida. Entonces colgó el taco, discutió unos minutos más con su antagonista, ajustaron cuentas y el otro se largó al fin, con lo que mi hombre vino perezosamente a reunirse conmigo.

—Hola, Sanger —murmuró con voz gangosa—. Hada mucho tiempo que no te veía por aquí.

—¿Cómo te va?

—No puedo quejarme.

—¿Buen negocio?

—Los negocios nunca van como uno quisiera. La policía exige y no paga, ya sabes.

—Pero hace la vista gorda.

—Oh, eso. Todo lo que no sean buenos billetes es basura.

—Yo tengo unos cuantos que andan buscando propietario.

—Han encontrado lo que buscaban —dijo, echándose atrás con la silla.

Hizo señal al mozo y pidió un *whisky* doble sin agua. Le admiré sólo por eso.

Ni él ni yo hablamos hasta que tuvo el vaso de veneno delante de él. Estuvo mirándolo largamente como si tratara de decidirse a correr el riesgo de beberlo, y finalmente acabó echandoselo al colete de un solo trago.

Primero se puso rojo. Después, carraspeó, perdió el color y cacareó:

—Esto pega, hermano... Vaya si pega.

—Me pregunto cómo no has reventado ya a estas alturas, Sony.

—Soy un tipo duro.

—Ya...

—Ahora puedes hablar. ¿Qué te duele, Sanger?

—Luigi Tormo.

Parpadeó.

—A él ya no le duele nada. Lo enfriaron.

—Lo sé, leo los periódicos.

—Concreta.

—Alguien le metió cuatro tiros, Sony. ¿Quién?

—¿Eso es lo que piensas pagar con ese dinero que mencionaste?

—Seguro.

—Lástima. Casi lo creía en mi bolsillo.

—No dramáticos. No te pregunto el nombre del asesino, pero deben correr rumores al respecto. Tú tienes grandes orejas y unos ojos que no pierden detalle.

—Se dice que fue Rimmer quien ordenó enfriar a Tormo.

—Pero no es cierto.

—No...

—Sigue.

Lo pensó detenidamente. Pidió otro *whisky* y hasta que lo tuvo delante, no volvió a despegar los labios.

Entonces, murmuró:

—Alguien dijo que vino un tipo de Chicago. Llegó, hizo el trabajo y se fue.

—¿Alguien conocido?

—Nadie lo sabe. Es tan sólo un rumor, pero parece que fue así. Es una táctica vieja y segura.

—¿Lo sabe la policía?

Escupió en el suelo.

—Yo no se lo dije.

Bebió, esta vez despacio, quizá para que el veneno no le «pagara» tan duro.

—Alguien debió pagar al «torpedo», de todos modos —aventuré, pensativo—. Daría hasta cien pavos para saber quién.

—Si yo poseyera esta información valdría mucho más de cien, Sanger.

—Podría subir un poco más en este caso.

—Pero no lo sé —murmuró, descorazonado—. ¿Cuánto crees que vale lo que te he dicho?

—Apenas veinticinco.

Suspiró.

—Hecho. ¿Algo más?

—No lo sé. ¿Qué rumores corren sobre Cotten y su gente?

—Bueno, nadie apuesta por él, si es que entiendes lo que quiero decir. Rimmer está bien agarrado. Cotten saldrá descalabrado.

—¿De cuánta gente dispone?

—Ocho o diez tipos muy rudos. De la vieja escuela todos ellos, pero ha perdido dos, aunque ya debes haber leído los periódicos...

No le dije que yo fui el protagonista de aquel episodio. Me limité a asentir y él añadió:

—Quizá «importe» algunos más. En realidad, creo que ya empezó a llamarlos.

—¿Por qué lo crees?

—Ayer llegó un tipo de Nueva York..., alguien importante,

aunque desapareció tan pronto estuvo en la ciudad. Si te interesa y estás dispuesto a pagar, de éste puedo decirte el nombre.

—Me interesa.

—¿Cuánto?

—Bueno, otros veinticinco.

—Sube, maldito usurero —exclamó—. ¿Crees que me arriesgo por deporte?

—Cincuenta. En total, setenta y cinco.

Asintió, aunque lanzó un largo suspiro de resignación porque sabía que no iba a sacarme un centavo más.

—Muy bien. Jim Quinn. Ése es el tipo.

—¿Y dices que es importante?

—Creo que sí. Los muchachos aseguran que no «trabaja» más que dos o tres veces al año, conque tú verás.

—Jim Quinn..., lo recordaré.

Le entregué su dinero, recomendándole:

—Si oyes cualquier cosa referente a esa gente, llámame. Habrá más dinero disponible.

Se embolsó los billetes. Luego murmuró:

—Voy a darte un consejo gratis, Sanger: Apártate de esa gente. Déjalos en paz o te mueres.

—No dramáticos.

—Sé lo que me digo. Son pura dinamita todos ellos. Si sabes lo que te conviene les dejarás en paz. No me gustaría perder un cliente —terminó, riendo.

Fui al mostrador y pagué las bebidas. Cuando salí a la calle, Sony Kowsky se había recostado hacia atrás y tenía los ojos cerrados beatíficamente.

Pensé que ahora le tocaba el turno al teniente y me largué en busca del coche.

Afortunadamente no le faltaba ni un tornillo.

CAPÍTULO VI

El teniente Brooks masculló:

—No cabe duda de que tiene usted buenos «contactos», Sanger.

—Me cuestan dinero, pero de vez en cuando dan resultado.

—De modo que un pistolero de Chicago... Es lo que yo sospeché desde un principio.

—No me diga que ya lo sabía usted.

—No con certeza. ¿Le importaría decirme quién le dio el soplo?

—Me importaría.

Hizo una mueca y dijo:

—Tal vez su brillante soplón le dijo también quién había «importado» al matarife...

—De eso nada.

—Lástima. Nos habría dado el trabajo hecho.

—Raras veces las cosas son tan fáciles.

Me observó con la duda asomando a sus pupilas.

—En este maldito asunto, usted me desconcierta. Hasta ahora, jamás había proporcionado informes semejantes a la policía, Sanger.

—Hasta ahora, tenía un cliente a quien proteger. En este caso dejé sentado desde un principio que actuaría de distinta forma, incluso con Rimmer.

—Usted no le aprecia, ¿verdad, Sanger?

—No me gusta la basura.

Cabeceó, sonriendo.

—A mí tampoco, pero ya le dije cuál era la situación.

—Jim Quinn —dije.

Frunció el ceño, tratando de bucear en su memoria.

—¿Debería recordarme a alguien?

—Quizá. Vino de Nueva York.

Se enderezó, súbitamente alerta.

—¿Otro soplo?

—Poco más o menos.

—No me gusta eso... ¿Dijo Jim Quinn?

—Ése es el nombre.

Descolgó un teléfono interior y habló brevemente con el encargado de los ficheros. Cuando colgó, dijo:

—Primero, importan un «torpedo» de Chicago y Luigi Tormo resulta acribillado. Ahora, viene otro pistolero, éste de Nueva York... ¿A quién habrán señalado esta vez?

—Regístreme, aunque la idea general es que Quinn ha sido traído por Cotten.

—Seguro..., se propone devolver el golpe, sólo que no sabemos contra quién.

—Si yo estuviera en el lugar de Rimmer —dije—, me ocuparía de que las primas de mi seguro estuvieran al corriente.

Sonó el teléfono y Brooks escuchó unos instantes. Después masculló:

—Hubiera sido demasiada suerte... Póngase en contacto con Nueva York, sargento y pregunte allí. En caso necesario comunique con el FBI. Necesito saber quién es ese fulano, y disponer de fotografías cuanto antes. No debe usted tardar más de quince minutos si sabe lo que lleva entre manos.

Colgó de un golpe.

—Nada en nuestros ficheros —gruñó—. Si el tipo utiliza un nombre supuesto va a darnos trabajo.

—Hay algo raro en esto, teniente —comenté, encendiendo un cigarrillo.

—¿A qué se refiere?

—Tino Cotten dispone de una cuadrilla de pistoleros, todos veteranos, de la vieja escuela. Pude verlos bien la otra noche y le aseguro que cualquiera de ellos puede enfriar a quien se proponga sin mayores dificultades. Cotten no es de los que se valen de sutilezas. Va derecho al grano sin importarle nada más.

—¿Quiere decir que no ha «importado» al pistolero?

—Por lo menos, lo pongo en duda. Además, ¿por qué Cotten ha declarado la guerra a Rimmer de golpe y porrazo? Incluso

suponiendo que ganara, no puede ser tan idiota de creer que podrá controlar la ciudad sin disponer de influencias, contactos, protecciones y todo lo demás. Recuerde que a Rimmer le costó muchos años afianzarse.

—Tino Cotten es una bestia salvaje. Nadie puede saber lo que se agita en su retorcido cerebro.

—A pesar de todo, hay trampa en alguna parte. Cotten no puede ser tan rematadamente estúpido como para intentar barrer a Rimmer sin tener un triunfo seguro en la manga.

—Mire, no me importa el triunfo que pueda tener. Todo lo que necesito es echarle la vista encima. Si puedo probar que los pistoleros a quienes usted mató trabajaban para él, voy a darle el mayor susto de su vida.

—Deje de soñar. No asomará la nariz hasta que esté completamente seguro que no se la van a romper.

—Veremos.

Fumamos un par de cigarrillos y él pidió unos cafés, que trajo un agente de uniforme.

Poco más tarde, el teléfono dio señales de vida y Brooks lo descolgó de un manotazo.

Escuchó, gruñó algo y después exclamó:

—¿No hay error en eso, sargento?

Estuvo asintiendo con monosílabos durante unos segundos, y después ordenó:

—Pida fotos, descripciones, huellas, todo lo que tengan sobre el tipo. Prioridad absoluta sobre todo lo demás, ¿entendido?

Colgó y en unos instantes pareció haber olvidado que yo seguía allí todavía.

Al fin sacudió la cabeza y gruñó:

—Se equivocó, Sanger.

—¿En qué?

—Jim Quinn no es ningún torpedo.

—¿Quién es, entonces? ¿Un pastor metodista?

—Nones. Según los de Nueva York, Quinn es uno de los mejores especialistas en explosivos que han existido en los últimos años. Y nunca ha usado pistola. ¿Qué le parece?

—Alguien le hizo venir —dije—, con pistola o sin pistola.

—Bien, pero ¿para qué?

—Esta cuestión creo que le pertenece a usted, teniente.

Me levanté. A pesar de todo, estaba intrigado. El hecho de que alguien trajera a un importante técnico en explosivos, era para preocupar a cualquiera.

Estaba camino de la puerta cuando el teléfono volvió a sonar. Oí al teniente que gruñía una pregunta. Luego, escuché su bufido y aparté la mano del tirador, volviéndome.

Vi que su rostro se había puesto rojo y escuchaba tan tenso como un cable. Al fin murmuró:

—Está bien, mande a los muchachos por delante. Yo les seguiré en mi coche. Y que vaya también el forense.

Colgó, y recostándose contra el respaldo de su sillón basculante barbotó una larga serie de maldiciones en voz baja.

Cuando al fin se calmó, levantó la mirada y exclamó:

—Ya sucedió, Sanger. Se lo cargaron.

—¿A quién, Rimmer quizá?

—No, le dieron a Boy Rock. Un lugarteniente por otro. ¿Qué le parece?

Sentí un largo escalofrío.

—De modo que a Boy Rock.

—El mismo. Una ráfaga casi la partió por la mitad. Los asesinos consiguieron escapar.

—Así que yo tenía razón. Cotten no necesitó importar ningún matarife para devolver el golpe. ¿Dónde sucedió la cosa?

—A la entrada del General Building, la sede de Rimmer. Éste acababa de entrar cuando le soltaron a Rock una andanada desde un coche. Le dieron de lleno, además de herir gravemente a dos desgraciados que pasaban por la acera.

—Como en el viejo Chicago. Ése es el estilo de Cotten, no cabe duda.

Furioso, el teniente descargó un tremendo puñetazo sobre la mesa y se levantó de un brinco.

—¡Condenación! Esos bastardos van a ganárselo... ¿Quiere venir conmigo?

Le seguí hasta el garaje policíaco. Tomamos su coche, enfiló la rampa y salió como un rayo.

CAPÍTULO VII

Había una enorme multitud apelotonada en la calle, frente al gran edificio de Rimmer. Los policías uniformados casi eran impotentes para mantener a toda aquella gente apartados del lugar donde los peritos de Homicidios realizaban su trabajo.

Brooks rezongó algunos juramentos ante aquella expectación. Luego se detuvo junto al cuerpo despatarrado en la acera. Había una gran cantidad de sangre a su alrededor.

Aparté la mirada del cadáver del que fuera hombre de confianza de Andy Rimmer y me volví. En la pared había toda una serie de desconchaduras, allí donde habían rebotado los proyectiles que no dieron en el blanco.

No cabía duda que los asesinos despilfarraron multitud de balas para lograr su objetivo.

Poco después, el teniente se colocó a mi lado pasándose un pañuelo por el cuello.

—No comprendo cómo no se cargaron a Rimmer... —masculló—. Los tipos llevaban apostados aquí un buen rato y hubieran podido hacerlo sin mayores dificultades.

—Para saber las razones de elegir a Boy Rock habrá que esperar a que le echen el guante a Cotten.

—Ha desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Va a interrogar a Rimmer ahora?

—Todavía no. Me han dicho que el mismísimo Martens está en camino. Esperaré a que llegue antes de adoptar ninguna medida por mi cuenta.

—Bueno, yo no tengo que esperar a nadie para ver a mi cliente. Se encogió de hombros.

—Está en su despacho privado del último piso del edificio.

Imagino que rodeado de todo su ejército.

—Iré a comprobarlo.

No había ningún ejército, pero si los suficientes guardianes para impedir que nadie llegara hasta el gran tipo sin ser controlado.

Hube de esperar un buen rato mientras pasaban la consigna de uno a otro y llegaba hasta Rimmer en persona. Después, me escoltaron hasta una lujosa sala de espera, donde el gorila que ya conocía dijo, con su voz retumbante:

—¿Lleva armas, Sanger?

—Seguro.

—Bueno, deje aquí la artillería antes de entrar a ver al jefe.

Suspiré y le entregué mi Magnum, que él guardó en un bolsillo antes de indicarme la otra puerta.

Andy Rimmer estaba sentado al otro lado de un gran escritorio. Frente a él, derrumbado en una butaca, había un hombre de aspecto distinguido que sostenía un costoso portafolios sobre las rodillas.

Rimmer estaba rojo y sus ojos llameaban de ira.

—Ya era hora de que le echase la vista encima —estalló—. ¿Qué demonios ha estado usted haciendo, Sanger?

—¿Qué esperaba, que le presentara un informe escrito todas las noches? Yo no trabajo de ese modo.

—Me gustaría estar seguro de que trabaja en realidad.

—¿Quién es su acompañante?

—Puede hablar libremente. Se llama Cabot y es mi abogado.

El picapleitos me dedicó una mirada indiferente y volvió a dedicarse a su portafolios. Lo acariciaba como si contuviera las joyas de la corona de Inglaterra.

—Bueno, Rimmer... Alguien trajo un pistolero de Chicago para matar a Luigi Tormo. Vino, hizo el trabajo y se esfumó. Es la vieja táctica.

Se enderezó de golpe.

—¿Está seguro?

—Todo lo seguro que uno puede estar en estos asuntos.

—¿Quién lo trajo?

—Eso sigue siendo un misterio todavía. Si no fuera que el tipo «enfrió» al lugarteniente de Cotten, cualquiera creería que había sido éste quien lo hizo venir. Es su táctica.

—Sólo que no fue él...

—Ni usted, supongo.

—No sea idiota.

—Hay algo más, Rimmer. Un tipo llamado Jim Quinn llegó de Nueva York hace dos o tres días.

—¿Otro pistolero?

—¿Nunca oyó ese nombre?

—¿Jim Quinn? No, lo recordaría... ¡Condenación! ¿Quién demonios está organizando todo esto?

—Espere un minuto... Quinn no es un pistolero. En realidad, en su vida ha utilizado una pistola. Su especialidad es la dinamita.

Sus cejas saltaron hacia arriba, estupefacto.

—Cada vez lo entiendo menos. ¿Para qué quiere nadie a un tipo de éstos aquí?

—Le aseguro que me gustaría mucho saberlo también.

Encendí un cigarrillo y después le espeté:

—¿Tiene idea de la razón por la cual no le mataron a usted en lugar de Boy Rock? Según sucedieron las cosas, pudieron haberlo hecho fácilmente.

—Nadie sabe lo que piensa ese maldito hijo de perra —barbotó, más furioso que un diablo—. Pero yo le...

El abogado hizo un leve gesto.

—Cuidado, Rimmer —le advirtió suavemente.

—¡Al infierno con usted! Cuando encuentre a ese bastardo le volaré la cabeza de una vez por todas. Es lo que ha estado pidiendo a gritos desde que llegó a la ciudad.

El picapleitos sacudió la cabeza con evidente reproche.

—Le repito que lleve cuidado con lo que dice. Esas mismas palabras, ante los polizontes, podrían acarrearle muchos disgustos.

—¿Y para qué le pago a usted, Cabot?

—Tranquílcese —dije—. Si sabe usted manejar este asunto, serán los propios policías quienes le quiten esa espina. Le aseguro que ellos están tan furiosos contra Cotten como usted mismo. Desde su llegada les está amargando la vida como hacía muchos años nadie se había atrevido a hacer.

—Ése es un buen consejo —asintió el abogado—. Siempre que podamos confiar en Sanger.

Le miré con una sonrisa.

—El problema está en saber si podemos confiar en usted,

picableitos —repliqué.

No me hizo mucho caso. Rimmer dijo:

—Dejen eso ustedes dos: ¿Tiene otras noticias para mí, Sanger?

—Nada más por el momento. Intentaré averiguar la identidad del pistolero que vino de Chicago, aunque no le garantizo nada. Ya sabe cómo son estas cosas. Nadie habla.

Asintió con un gesto. Yo me encaminé a la puerta.

Cuando llegué a ella, él dijo:

—Cualquier cosa que necesite usted, pídale, Sanger. Sea lo que fuere.

—¿Incluso si necesito a sus matones?

—Sólo llámeme y los tendrá.

Salí, comprendiendo que Rimmer estaba realmente muy preocupado para ofrecirme sus pistoleros. Hasta entonces había tratado por todos los medios de mantener a su gente apartada de toda posible violencia. El hecho de que hubiera cambiado de idea era sintomático.

Fuera, el gigantesco mastodonte me devolvió la Magnum comentando:

—Este «petardo» es mejor que un 45, Sanger. Me gusta.

—También a mí.

Saqué el cargador y comprobé que los cartuchos seguían allí, intactos. Después verifiqué la recámara y sólo cuando estuve satisfecho enfundé la pistola, ante los curiosos ojos del matón.

Abajo, el teniente había desaparecido. Me deslicé entre la multitud, cacé un taxi y emprendí el regreso al edificio de la central para recoger mi propio automóvil.

El resto de la tarde lo dediqué a investigar la vida y milagros del otro empleado de la funeraria.

Por descontado, no fue nada comparable con mis pesquisas en torno a Winkie:

El tal Pete Yuil resultó ser un pájaro de cuenta.

* * *

Schwartz masculló:

—A pesar de todo, esa chica me preocupa. Pone poco interés en su trabajo. Sus informes respecto a ella me tranquilizan en parte. ¿Y

Pete Yuil?

—Eso es harina de otro costal. Ese tipo es un granuja. —Ya lo imaginaba. Cuénteme.

—Estuvo detenido un par de veces por pequeñas estafas. Juega a los dados casi cada noche, y tuvo una temporada de mala racha. Contrajo deudas aquí y allá, pero de pronto las ha pagado con dinero contante y sonante. Tiene líos con dos o tres mujeres nada recomendables, y sus amistades no son precisamente las que uno elegiría para su mejor amigo.

—¿De dónde sacó el dinero para pagar sus deudas? Porque no sería del salario que gana aquí.

—Desde luego que no. Apenas le alcanza para pagar el alquiler de su apartamento y comer de vez en cuando.

—Lo crea usted o no, todavía le pago demasiado en relación con el trabajo que realiza. Y después de saber todo esto, creo que lo despediré. Siempre pensé que había algo turbio en el pasado de ese individuo.

—Bueno, su pasado importa poco. Hay muchos hombres que estuvieron entre rejas alguna vez, y al salir emprendieron una vida nueva. Pero ese Yuil siente demasiada afición a los dados, a las mujeres y al *whisky* caro.

—Le despediré —decidió, hablando entre dientes—. ¿No se le ha ocurrido nada en relación al asalto, Sanger?

Sacudí la cabeza.

—En absoluto. Es algo tan absurdo que escapa a cualquier comprensión.

—Yo pensé que tal vez trataron de robar los instrumentos.

—¿Qué instrumentos?

—Los de cirugía. Hay un buen surtido, usted sabe... Para embalsamar. Son valiosos, aunque dudo que pudieran sacar la mitad de lo que valen.

Me estremecí.

—Decididamente, este ambiente me altera los nervios. ¿Es en la sala donde usted embalsama los cadáveres que entraron la otra noche?

—Ya se lo dije; en el depósito.

—Lo recuerdo. ¿Había algún cadáver allí cuando saltaron la cerradura?

—Ninguno, pero si en la capilla. Un servicio especial de lujo.

—Ahórrese los detalles.

Me largué de allí no sin antes prometerle que seguiría ocupándome de su asunto. Bueno, si él quería desperdiciar su dinero, por mi no había inconveniente.

Pero de cualquier modo, no pensaba ocuparme de ningún otro maldito asunto hasta el día siguiente.

Esa noche tenía algo mucho más importante que hacer.

CAPÍTULO VIII

Abrí la puerta de mi apartamento y ella entró. Encendí la luz y cerré la puerta mientras la muchacha paseaba la mirada en torno.

Habíamos cenado en un buen restaurante italiano, ambientado por una música suave y pegadiza. Después estuvimos bailando durante un par de horas, y al fin estábamos donde yo quería.

Ella se volvió, sonriendo ligeramente.

—Alguien debiera ocuparse de ordenar un poco todo esto, querido. Sería mucho más acogedor.

—Así es como me gusta.

Preparé unas bebidas mientras Winkie ponía el tocadiscos en funcionamiento. Eligió una selección de Ray Coniff y sus coros, que pronto llenaron la estancia de sus suaves melodías.

Bebimos.

Todo estaba alcanzando el grado que debía tener.

Entonces repicó el teléfono haciendo añicos la intimidad.

Titubeé antes de alcanzarlo. Tuve el presentimiento de que la llamada podía dar al traste con mis ilusiones.

—¿Qué esperas? —exclamó Winkie—. Si no contestas va a seguir dando la lata hasta volvernos locos.

Lo descolgué de un manotazo, gruñendo algo desagradable.

Una voz exclamó:

—¡Condenación, al fin te encuentro!

—¿Sony?

—Seguro.

—Escucha, estoy muy ocupado ahora. Llama por la mañana y...

—Por la mañana quiero haberme largado una temporada, Sanger —me atajó—. Esto se ha puesto muy caliente.

—Mira, Sony, antes de mañana no...

—Ahora, Sanger.

—¡Ni los sueños! Voy a colgar, Sony.

—Hazlo y te quedas sin saber quién importó el tipo de Chicago.
Di un salto.

—¿Qué dijiste?

—Te caerás de espaldas cuando lo sepas. ¿Cuánto crees que vale ese informe?

—Maldito si lo sé. ¿No hay posibilidad de que todo sea una falsa alarma?

—Ni la menor duda. Ya sabes, muchacho. Garantía absoluta.

Miré a Winkie por el rabillo del ojo. Estaba inclinada examinando las cubiertas de los discos esparcidos en torno al aparato de alta fidelidad.

Por el teléfono, Sony aventuró:

—Mil, Sanger. Después de haberte visto, quiero tomarme unas vacaciones.

—Tú estás loco.

—¿Lo quieres, sí o no?

—¡Maldito seas, claro que sí!

—Entonces, trae la pasta.

—Pero hombre, ¿de dónde quieres que saque todo ese dinero a estas horas?

—Eso es asunto tuyo. ¿Vas a venir?

—¿Dónde estás?

—En el cuarto siete cinco del hotel Alexander.

Pensé en los cinco mil que guardaba en la caja de la oficina.

Pero ahí estaba la muchacha y el resto de la noche.

—Bueno, Sony, suéltalo por teléfono —dije—. Tú sabes que tienes el dinero seguro y que puedes confiar en mí.

—Pero no en el teléfono. Ven aquí.

Maldije en voz alta cuando él cortó la comunicación.

Winkie preguntó:

—¿Qué sucede, querido?

—Un contratiempo. ¿Te importaría quedarte sola por un rato?

—Qué oportuno, ¿no es cierto?

—Te aseguro que es algo muy importante.

—¿Relacionado con tu trabajo?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo te llevará solucionarlo?

—Menos de una hora, Winkie.

Suspiró.

—Muy bien, me siento débil esta noche. Me quedaré aquí escuchando música y bebiendo tu *whisky*. Pero si tardas demasiado no me encontrarás, recuérdalo.

Abandoné el apartamento.

Primero pasé por mi oficina, para lo que hube de firmar en el libro de visitas nocturnas. El vigilante me dirigió una mirada intrigada, pero no hizo preguntas.

Retiré mil dólares del fajo que me diera Rimmer y volví a la calle.

El hotel Alexander era un establecimiento viejo y cochambroso, de los que cincuenta años atrás eran frecuentados por la buena sociedad, pero que con el tiempo había degenerado al mismo ritmo que el barrio en que estaba enclavado.

No vi ningún empleado cuando entré en el vestíbulo.

Unas plantas polvorientas languidecían en grandes macetas pegadas a los rincones.

Subí las escaleras hasta localizar la habitación setenta y cinco.

Me quedé helado al ver que no estaba cerrada y que había luz en el interior. Alguien estaba abriendo los cajones violentamente y pude escuchar incluso algún que otro gruñido de disgusto.

Amartillé la Magnum antes de abrir la puerta de un puntapié.

El espectáculo que se ofreció a mis ojos estuvo a punto de costarme el pellejo.

Sony Kowsky estaba tumbado en el suelo con un espeluznante corte en la garganta. Toda su cabeza flotaba en un mar de sangre, y la había también esparcida a su alrededor. Aquello era un matadero.

El hombre que se había vuelto como una centella, aprovechó el segundo que tardé en reaccionar para sacar un revólver, cuya bala me pegó de un modo atroz en alguna parte.

El estampido levantó ecos en todo el edificio.

Pero para ruido ahí estaba mi Magnum. Tiré del gatillo cuando él repetía el tiro. Le mandé dos o tres plomos y le vi saltar hacia atrás, empujado por los pesados proyectiles.

Cuando cayó, yo estuve seguro de que ya jamás volvería a

disparar a nadie.

Noté el deslizarse de mi propia sangre a lo largo del cuerpo. El costado parecía arder, pero avancé mientras en todo el cochambroso hotel sonaban gritos y voces.

Desvié la mirada de los restos de Sony y me aproximé al pistolero. Tanteé sus bolsillos. Llevaba el cuchillo con que había realizado el horripilante trabajo en una funda de piel. En cuanto a sus bolsillos sólo contenían tabaco, un estuche de cerillas y una llave.

Encontré también algunos trozos de papel, sucios y arrugados de tanto tiempo como debían llevar olvidados en el bolsillo. Fue de lo único que me apoderé.

Pero cuando traté de incorporarme, el dolor me golpeó como un mulo del ejército.

Quedé sin aliento, quejándome entre dientes. Comencé a preocuparme y casi a rastras, conseguí llegar a una silla derribada. Apoyándome en ella, me levanté a duras penas, la enderecé y me dejé caer sentado.

Así me encontraron los polizontes.

CAPÍTULO IX

El médico terminó de componer el vendaje y se enderezó.

—Tuvo usted mucha suerte —comentó—. La bala salió dejando una herida limpia. Pero un par de pulgadas más adentro y no lo cuenta.

—Gracias —gruñí.

El teniente Brooks exhaló una bocanada de humo.

—Es un tipo muy afortunado, doc —dijo—. A veces me pregunto cómo es posible que todavía esté vivo.

Encendí también un cigarrillo. Por la ventana comenzaban a asomar las primeras luces del alba. Pensé en Winkie y en todo lo que se había estropeado y maldije entre dientes.

—¿Qué le pasa ahora? —indagó el teniente.

—Nada que le importe.

—Está bien, tómelo con calma. Después de todo, no fui yo quien organizó esta carnicería, ¿recuerda?

—Sí, ya sé.

—Ahora volvamos al asunto. ¿Está seguro que ese desgraciado no le insinuó nada por teléfono que pueda aclararnos la identidad del tipo que estás detrás de toda esta matanza?

Sacudí la cabeza.

—Se negó a hablar por teléfono sobre esto. Sólo dijo que viniera aquí y le trajera mil dólares, que el informe los valía y que pensaba tomarse unas vacaciones hasta que todo el asunto hubiera terminado.

—Y usted vino.

—Sí.

—Con los mil dólares, por supuesto.

—Todavía están en mi bolsillo.

—Se me ocurre que estaba usted dispuesto a despilfarrar mucho dinero en este asunto.

—¿Olvida quién paga mi cuenta de gastos?

—Rimmer, naturalmente.

—Ajá.

—Lástima —suspiró—. De haber tenido éxito, a estas horas el caso estaría liquidado.

—No es culpa nuestra si falló. ¿Qué me dice respecto al asesino?

—¿Qué?

—¿Para quién trabajaba? No puedo creer que fuese «importado» también.

—Según los primeros datos, ese fulano trabajaba para Cotten.

Rechiné los dientes de ira.

—Lo supuse. Lo que no tiene explicación es que Cotten mandase a matar a Sony. Después de todo, éste hubiera podido revelarle quién mató a su hombre de confianza.

Se encogió de hombros. Había algo más que le preocupaba y acabó por soltarlo.

—Vamos a tener un par de días condenadamente divertidos, Sanger, con todo eso del funeral.

—¿Funeral? Me gustaría saber a cuál se refiere.

—Al de Boy Rock, naturalmente.

—No comprendo.

—Idea de Rimmer, aunque no original. Desde que se volvió respetable hace las cosas por todo lo alto. Ha organizado un funeral de primera categoría para su lugarteniente.

—¿Y qué con eso? Quizá piense que así se gana el respeto de sus hombres.

—Le respetan sin necesidad de esos exhibicionismos. No creo que hayan olvidado su comportamiento con otro de sus hombres, hace unos años. Aunque aquél murió de accidente. Pero resultó una ceremonia impresionante a la que asistió toda clase de gente. Por mi parte, no recuerdo haber visto nunca tantos pistoleros por metro cuadrado —terminó, riendo entre dientes.

Eso no me importaba en aquellos momentos, entre otras razones porque yo no pensaba asistir, y además, y más importante, estaba mortalmente cansado y sólo ansiaba una buena cama.

Así que me levanté y dije:

—Me largo, teniente. Creo que dormiré una semana seguida.

—Cúidese. Aunque tiene el pellejo muy duro, esta vez le faltó poco para terminar.

—No me lo recuerde.

Di unos pasos de tanteo. Sentía las piernas muy débiles, pero podían sostenerme.

Entonces Brooks, masculló:

—Yo apostaría por Rimmer en el asunto de la importación del tipo de Chicago..., si no fuera porque el que mató a Sony estaba en la nómina de Cotten. Piense en eso también, Sanger, antes de dormirse.

Cerré de un portazo.

Llamé a un taxi porque no tenía ánimos de manejar mi coche. Le di la dirección de mi apartamento y me recosté en el asiento.

Casi me quedé dormido allí mismo. Casi solamente, porque recordé de pronto los pedazos de papel que había encontrado en el bolsillo del asesino y me enderecé en el asiento.

Los busqué, desdoblándolos con cuidado. Debían llevar meses en el bolsillo del criminal, porque en los dobleces aparecían rotos y estaban prácticamente hechos polvo.

El tipo debió utilizarlos como agenda, porque contenían algunos nombres de mujer seguidos de números de teléfono.

También había anotadas algunas cantidades, una suma, y eso era todo.

Bueno, no había esperado mucho de eso, después de todo.

Volví a doblarlos, dudando entre si los arrojaba por la ventanilla o no, y entonces vi el número anotado en el dorso de una de las hojitas.

Un simple número telefónico, sin más indicaciones.

Estuve mirándolo mucho tiempo, con una sensación de frío en los huesos que me paralizaba. Al fin los guardé y ahora lo hice con extremado cuidado.

Después de abandonar el taxi lamenté una vez más la pérdida de aquella noche, que tan distinta pudo haber sido. Winkie debía estar durmiendo plácidamente y si en sus sueños me llamaba estúpido, no podría reprochárselo, puesto que yo mismo me lo había llamado incontables veces en las horas anteriores.

Así que mi humor no era precisamente amistoso cuando entré en

mi leonera. Por las ventanas, cuyas cortinas no habían sido descorridas, se filtraba la luz del día dejándolo todo sumido en penumbra.

La puerta del cuarto de baño se me antojó a millas de distancia.

Opté por la del dormitorio. La abrí y cuando me disponía a entrar me detuve como herido por un rayo.

Winkie estaba tendida sobre la cama.

Pero atada y amordazada, con todas las ropas en desorden y una mirada de pánico en sus intensos ojos negros.

Justo en aquel momento, una voz ordenó a mis espaldas:

—¡Las manos sobre la cabeza, Sanger, o no podrás contarlo!

Ni por un segundo dudé que había un arma apuntándome, así que obedecí y luego me volví lentamente.

Eran dos los que me esperaban. Ambos parecidos. Ambos con las pistolas firmemente empuñadas.

Nunca les había visto.

Pero ellos me conocían perfectamente.

—Saque la pistola con cuidado —me ordenaron—, y déjela caer al suelo. Si intenta una jugarreta se muere. ¿Está claro?

—Seguro, hablan un buen idioma.

Hice lo que me ordenaban y luego retrocedí unos pasos. Uno se apoderó de mi Magnum, embolsándosela sin prisas.

—¿A qué viene eso? —dije—. No van a sacar mucho de aquí.

—Le sacaremos a usted. Alguien quiere verlo a buen recaudo.

—¿Quién?

—No haga preguntas idiotas.

Yo no necesitaba una respuesta concreta para saberlo. Cotten sin duda.

Y la perspectiva no era precisamente alentadora, sobre todo si uno pensaba en Winkie y en que había visto muy bien a los dos tipos.

Esa clase de gente jamás olvida a los posibles testigos.

—Déjeme decirle que si intenta la menor cosa, tenemos órdenes de liquidarlo sin más.

—Y si no intento nada, me liquidarán de todos modos más tarde.

El que llevaba la voz cantante se encogió de hombros.

—Eso no lo sé ni me importa. En todo caso, será el patrón quien lo decida. ¿Listo para salir?

—¿Y la chica?

Cambiaron una rápida mirada.

—Se quedará dónde está. No nos interesa que alborote hasta que todo haya terminado.

—¿Qué es lo que tiene que terminar?

El otro farfulló:

—Tú hablas demasiado, Joe. Vamos, saca a este tipo de aquí y espérame en el pasillo.

—Bueno, pero no tardes.

Me empujó hacia la puerta. Sentí el hielo de la muerte en mi cansado cuerpo, porque adiviné lo que iba a hacer el otro.

Matar a Winkie para cerrar una boca y unos ojos que podían reconocerlos y declarar algún día.

Joe abrió la puerta.

—Salga —gruñó.

Me sentía débil y mareado. La sola idea de lo que iba a ocurrir en mi dormitorio, me poma más enfermo de lo que ya estaba.

—¿Hay alguien ahí fuera? —dije con voz quebrada.

Eso le hizo ser más prudente. No se detuvo a pensar que justamente a mí podía interesarme que nos viera alguien.

Picó el anzuelo. Estiró el cuello y asomó la cabeza precavidamente.

Me lancé contra la puerta, cerrándola con mi impulso y el peso de mi cuerpo. Puse cuantas energías me quedaban, que no eran muchas, pero incluso así fueron suficientes para que la puerta le aprisionara el cráneo en la rendija y con el salvaje golpe, algo se quebró y el pistolero sufrió una horrible sacudida de arriba abajo. Después, su cuerpo se desmadejó y quedó colgado, sostenido solo por la implacable presión de la puerta en su cabeza.

Oí caer la pistola al suelo, pero no aflojé la presión en unos segundos. Después solté la puerta y el tipo se fue al suelo como un pelele.

Tomé su arma y retrocedí a trompicones hacia el dormitorio.

El otro asesino estaba inclinado sobre el lecho. Tenía un cuchillo en la mano y miraba a Winkie igual que hipnotizado.

Oí su ronco murmullo, una voz ronca, extraña.

—Tengo que hacerlo, nena..., es una pena desperdiciar una chica como tú, pero no sentirás apenas nada...

Levanté la pistola y tiré del gatillo. Sonó un bronco estampido y el tipo salió dando tumbos hasta estrellarse contra la pared. Allí se deslizó al suelo, mirándome con ojos desorbitados en los que ya aleteaba la muerte.

Avancé a trompicones. El cuchillo había caído sobre la cama y con él corté las ligaduras de Winkie.

Oía el sordo y continuo lamento del pistolero, una queja sorda y enervante.

Winkie se libró ella misma de la mordaza. Todo el terror del mundo parecía haber entrado en sus ojos.

—¡Oh, Al, querido...!

Trató de abrazarme, pero me aparté.

—Todavía no, primor. Ese tipo está vivo, y he de asegurarme que el otro no representa ningún peligro.

Recuperé mi Magnum. El asesino había dejado de lamentarse y sus ojos me miraban desorbitados.

Fui a la puerta, sólo para comprobar que el que recibiera la presión en el cráneo estaba muerto. Volví atrás y entonces me dejé caer sobre el lecho, junto a la muchacha, sintiendo que todo daba vueltas a mi alrededor en un vértigo enloquecedor.

Cuando volví a recobrar la estabilidad, los labios de la muchacha estaban sobre los míos y susurraban mi nombre sin apartarlos.

Le devolví el beso, sintiéndome revivir. Ella se apartó suavemente y murmuró:

—¡Te hirieron...!

—Eso fue antes, en otra parte. Por eso no pude volver a tiempo.

—Ha sido una noche horrible, Al, cariño. Me dijeron lo que iban a hacer conmigo... y lo que te harían a ti. Creí morir.

—Ayúdame a levantarme..., ese bastardo todavía vive.

Apoyándome en ella, llegué hasta donde yacía el moribundo criminal.

—¿Me oyes? —dije, sacudiéndole con el pie.

Parpadeó. Sus ojos estaban vacíos, como los de un muerto. Sólo que él aún no lo estaba.

—¿Adónde pensabas llevarme, granuja?

Movió la cabeza casi imperceptiblemente. Le sacudí un puntapié y gimió.

—¿Adónde? —repetí.

—A... la gran...

—¿A una granja?

—Sí...

—¿Dónde está?

—Valle...

—¿Dónde?

Boqueó un par de veces y murió. Sentí tentaciones de patearlo, pero me encontraba tan débil como un recién nacido.

Así que opté por la cama, siempre sostenido por los cálidos brazos de Winkie. Me sostuvo mientras me derrumbé como un fardo y luego oí su voz como si viniera de muy lejos.

No la entendí y dije:

—La policía..., llámalos...

—Escucha, Al, uno de esos hombres...

Su voz se extinguió en medio de una espiral en cuyo centro giraba yo hasta volverme loco. Después, ella volvió a hablar, pero sus palabras no lograron captar mi interés, a pesar de que logré entenderlas.

CAPÍTULO X

Viví unas pesadillas horribles. Veía un cortejo fúnebre seguido de una legión de extraños fantasmas, todos los cuales llevaban en la mano una pistola. Nadie tenía rostro excepto uno, aunque era un rostro que no me decía nada.

Después, aquellos fantasmas me rodeaban y todas las pistolas comenzaban a escupir fuego contra mí. Sentía los impactos en mi cuerpo, y a pesar de que me retorció en la agonía no cesaban de disparar. Aquello duraba horrores.

Y el jefe de semejante aquelarre tenía un rostro afilado de pájaro..., el rostro del viejo Schwartz...

Cuando desperté estaba empapado de sudor y las cortinas dejaban filtrar el resplandor centelleante de los anuncios luminosos.

—¿Ya te sientes mejor?

Volví la cabeza y allí estaba ella.

Sólo que un poco más atrás descubrí un policía uniformado y la cosa no me gustó.

—¿Qué pasó?

—¿No lo recuerdas?

—Vagamente.

—Estabas muy débil por la pérdida de sangre. Además, la herida se te abrió de nuevo. Le diste bastante trabajo al doctor que vino con el teniente Brooks...

—¿Y quién es nuestro amigo? —pregunté, señalando al polizonte.

Fue él mismo quien se encargó de replicar:

—El teniente creyó que era preferible dejar aquí alguien encargado de vigilar. Pueden atentar otra vez contra usted.

—Gracias por animarme. Ahora, ¿le importada montar su

guardia en la sala? Hay *whisky* y tabaco en el bar. Es todo suyo.

Sonrió de oreja a oreja.

—Estoy de servicio..., pero esperaré ahí fuera, por supuesto.

Salió. Apenas había cerrado la puerta cuando los labios de Winkie cayeron sobre los míos y me sentí flotar, pero esta vez lleno de placer y no de dolor.

Cuando le faltó el aliento se enderezó, mirándome.

—Has vuelto a embrollarme las ideas. ¿Qué pasó con el teniente?

—Me hizo contar lo sucedido. Después, al ver que estabas inconsciente, se fue.

—Creo recordar que antes de perder el conocimiento estabas diciéndome algo que no consigo recordar... ¿Qué fue, nena?

—Era respecto al tipo que iba a sacarte a ti...

—¿El que murió en la puerta?

—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—Yo le conocía, Al.

—¿Tú?

Cabeceó.

—¿Recuerdas que te hablé de un hombre que vino a la oficina haciendo preguntas? Era él...

—¿El que se interesó por un entierro de tres años atrás?

—El mismo.

Lo pensé durante unos instantes. Luego dije:

—Es importante que recuerdes el nombre por el que él preguntó, Winkie..., haz un esfuerzo, pero tienes que recordarlo, ¿entiendes?

—Lo he intentado esta noche varias veces, pero no... era un nombre raro, creo, pero eso es todo. Si pudiera ver las fichas de aquella época quizá lo recordase al leer otra vez el nombre.

—Entonces, ¿qué diablos estamos esperando?

Ella me miró igual que si me creyera loco.

—¿Sabes la hora que es, cabezota?

—No importa. Ayúdame a salir de aquí.

—Han dado las cuatro de la madrugada.

—¿Y qué? Vamos.

Me senté y todo empezó a girar. Duró apenas medio minuto y luego las paredes se estabilizaron.

Estuvo mirándome con una leve sonrisa en los labios. Luego, dio media vuelta y salió del dormitorio.

Casi al instante apareció el policía.

—El teniente dijo que debía escoltarle, señor. Así que si intenta salir, iré adonde usted vaya.

—Felicitaciones. Se divertirá mucho. Vamos a visitar una funeraria.

—¿Una qué?

—Ya lo oyó. ¿Quiere cerrar la boca y ayudarme a vestirme? A propósito, ¿quién demonios me quitó la ropa?

—Cuando llegamos ya estaba acostado. Debió ser la chica.

—No me diga...

Estuve vestido con ropas limpias en cuestión de minutos. Luego salimos, y tras desesperarnos porque no pasaba ningún taxi, pudimos cazar uno al fin y emprender el viaje.

Schwartz no pareció alegrarse al ser sacado de la cama a esas horas de la madrugada. Apareció vestido con un pijama que era demasiado grande para él, nos dedicó un vistazo pletórico de asombro y al fin descubrió a Winkie.

—¿Qué significa esto? —barbotó—. Y usted, señorita...

—Es largo de contar —le atajé—. Necesito dar un vistazo a su fichero, Schwartz, y ha de ser ahora.

—¿Y me han sacado de la cama sólo para eso?

Farfullando, nos precedió hacia la oficina. Se quedó allí, vigilándonos.

Winkie puso manos a la obra de inmediato, pero no fue hasta quince minutos más tarde cuando exclamó:

—¡Ésta es, Al...!

Se la arrebaté de la mano.

Pasé por alto los detalles técnicos del servicio, concentrándome en el nombre.

—Bruno Hank Petrus —leí en voz alta.

—Ése fue el nombre por el que el hombre preguntó.

—Schwartz...

—¿Y bueno, qué...?

—¿Recuerda quién era ese individuo?

—¿Está loco? No puedo recordar los nombres de todos mis «clientes», compréndalo. Son tantos al cabo del año...

—Claro... y sin embargo, no es un nombre corriente...

Lo anoté en un trozo de papel devolviéndole la ficha a Winkie, que volvió a guardarla.

Schwartz gruñó:

—¿Han terminado aquí?

—Creo que sí.

—Entonces, váyanse. Terminé el trabajo muy tarde anoche y quiero descansar hasta las siete.

Casi nos empujó hacia la salida.

Una vez fuera, el guarda dijo:

—Quizá yo no sea muy inteligente, Sanger, pero me gustaría saber qué buscaba usted en ese fichero.

—La ficha...

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. Pensé que ella nos aclararla mucho y no aclaró nada en realidad. Debo tener los nervios alterados entre el balazo y las pesadillas.

Las pesadillas. Continuaba recordándolas.

En el mismo taxi regresamos a mi apartamento. Winkie se negó a separarse de mí, alegando que yo necesitaba cuidados. La verdad era que me hallaba cada vez más fuerte, pero no se lo dije.

El guardia eligió una butaca lo más cómoda posible, nos dedicó un vistazo cargado de ironía y luego pareció olvidarnos.

Winkie señaló la puerta del dormitorio.

—Acuéstate otra vez —ordenó—. El doctor dijo que necesitabas descanso.

—Todos los matasanos exageran.

Casi me empujó. Entramos, y ella cerró la puerta.

Bueno, el doctor quizá habló de descanso, pero no contó con la clase de enfermera que me dejaba. A pesar de sus consejos, maldito si descansé en absoluto.

Aunque no lo lamenté.

Todo lo contrario.

CAPÍTULO XI

Me despertó el timbre del teléfono. Abrí los ojos, aturdido, y ladeé la cabeza, descubriendo que estaba solo.

Winkie se había marchado.

Oí la voz del policía en la sala contestando la llamada. Después, asomó la cabeza por la puerta y al ver que estaba despierto, dijo:

—El teniente quiere hablarle, Sanger. ¿Puede levantarse?

—Ya descansé.

—¿De veras? —Había mucho sarcasmo en su pregunta.

—Tiene usted una mente obscena, amigo.

Me levanté. No estaba muy seguro sobre mis piernas, pero salí del dormitorio vestido solo con el pantalón.

El remachó:

—La chica se marchó alrededor de las ocho. Dijo que iba a la oficina, que la llamara usted cuando estuviera levantado.

—Bueno.

Vi que el reloj señalaba apenas las nueve y lancé una maldición.

La voz del teniente Brooks gruñó por teléfono:

—¿Cómo se siente, Sanger?

—Maldito si lo sé.

—Voy al funeral —explicó—, pero antes quise decirle algo nuevo...

—¿Qué funeral?

—Al de Boy Rock, por supuesto. ¿Ya lo olvidó?

—Es cierto. No me siento muy despejado a estas horas. ¿Qué quería decirme?

—Es acerca del dinamitero que llegó de Nueva York. Especialista en mecanismos de relojería y todo lo demás. Bueno, es casi seguro que lo trajo Cotten. Hemos establecido que en otro tiempo tuvieron

algunos negocios juntos.

—Ya veo..., ¿para qué diablos traería a ese tipo aquí?

—Se lo preguntaré cuando lo cace... Ya nos veremos, Sanger.

—Espere...

—Tengo mucha prisa. Mis hombres ya están allí, porque Rimmer llevó consigo a toda su gente. No quiero líos si puedo evitarlos y he concentrado a toda mi sección en ese funeral.

—Es sólo una pregunta.

—Dispare y cuelgo.

—¿Le dice algo el nombre de Bruno Hank Petrus?

—Seguro. Fue uno de los hombres de Rimmer. Murió en un accidente. Por cierto, que también le encargó un funeral como el de hoy...

Y colgó.

Lo pensé un poco sin encontrar un sentido a la cosa.

Tal como le dije al teniente, no estaba en mi momento brillante.

Tomé una larga ducha sin importarme el vendaje. Luego me lo quité, sustituyéndolo por un parche cruzado de tiras adhesivas. Acabé de vestirme y trasladé todo lo que había en los bolsillo del traje sucio a los del nuevo.

Así fue cómo los trozos de papel volvieron a aparecer ante mis ojos y con ellos el número de teléfono.

Maldije entre dientes al verlo. Debía haber hecho algo al respecto mucho antes. Y lo hubiera hecho de no haber sido por la herida y todo lo demás.

De modo que salí, con el polizonte pisándome los talones. Tomé un taxi y le di la dirección de Coral.

El agente gruñó:

—¿Quién vive en esa dirección?

—Una víbora.

—¿Qué?

No repliqué, sólo le advertí:

—Usted esperará fuera. Éste es un asunto privado que quiero resolver yo solo. ¿Entendido?

—Bueno.

De modo que cuando ella abrió la puerta, sólo me vio a mí y se quedó rígida.

—No te esperaba después de lo que pasó —dijo fríamente.

La aparté a un lado y entré.

—Cierra la puerta, primor. Quiero decirte algo.

—¿Sí?

Cerró y se quedó mirándome. Había cambiado mucho.

Saqué el papel del bolsillo y dije:

—Echa un vistazo a ese número de teléfono.

Lo miró, intrigada.

—Es el mío —reconoció—. ¿Qué tiene de particular?

—Sólo que estaba en poder de uno de los pistoleros de Cotten.

Se lo quité después de matarlo, tú sabes.

El color huyó de sus mejillas, pero trató de convencerme. No era una cualquiera.

—¿Qué quieres que te diga, Al? No puedo imaginar cómo fue a parar ese número a las manos de ese hombre...

—Yo, sí. Se lo diste tú.

—Estás loco.

—Estuve ciego, que no es lo mismo. Has jugado con dos o tres barajas, pero perdiste, primor.

—¿De qué estás hablando?

—Siempre me sorprendió que Cotten quisiera barrer a Rimmer sin tener contactos, influencias y poderosos respaldos. Ahora creo que adivino lo que pasó..., tú le proporcionaste todo esto, pequeña, ¿no es cierto? Rimmer tiene gentes importantes tras él. Reparte dinero en grande para mantener su imperio. Todo eso requiere organización, listas de pagos... ¿Las copiaste, primor? No podías robarlas porque él lo hubiera advertido.

Se irguió.

—¿Adónde crees que vas a llegar con esto, Al?

—Justamente adonde quiero. Voy a llevarte a dar un paseo.

—No saldré de aquí ni a rastras.

—Te sacaré a rastras si me obligas. Ahora ya sé el terreno que piso.

—No sabes nada de nada. Cotten va a apoderarse de esta ciudad y nadie podrá detenerle.

—¿Por qué diablos tuviste que hacerlo? Estabas bien, tenías un buen contrato y la bolsa de Rimmer abierta... ¿Qué te ofreció Cotten a cambio?

—Asociarme a él.

—Estúpida, eso es lo que eres. Vamos a dar ese paseo.

Sacudió la cabeza.

—Al, créeme, apártate de este asunto. A partir de hoy todo va a ser muy diferente.

—Hoy todavía no ha pasado.

La empujó brutalmente hacia la puerta y la abrió. Ella se detuvo, echando chispas por los ojos.

—Te pesará, maldito seas —silbó, iracunda—. ¿Adónde me llevas?

—Quiero que tengas una larga conversación con ciertos caballeros.

—¿No comprendes que no tienes ninguna prueba para entregarme a la policía? Después de todo, no cometí ningún delito...

—Bueno, eso son legalismos. Andando.

Bajamos las escaleras. Abajo, el policía enarcó las cejas al ver a Coral.

—Tiene usted mucha suerte con las damas, Sanger —comentó—. ¿Adónde vamos ahora?

Llegamos a la acera. Yo dije:

—Quiero que el teniente vea a esta chica. Va a interesarle.

—¿Y pretende llevársela ahora?

—Sí.

—¿Al funeral?

—Ni más ni menos.

Ella se detuvo en seco. Vi cómo el color desaparecía de sus mejillas y una mirada demencial apareció en sus ojos desorbitados.

—¿Al funeral? —siseó sin voz.

—Allí es donde están todos. Iremos nosotros también.

—¿Al funeral de Boy Rock...?

—¿Cuál otro? ¡Claro que al funeral de Boy Rock!

Se echó atrás completamente enloquecida.

—¡No! —gimió—. ¡No, Al!

La sujeté por el brazo, sacudiéndola en medio de la acera.

—¿Por qué no? —exclamé—. ¿Qué hay allí que te infunde ese pánico?

—¡No quiero! —rugió—. ¡Suéltame, maldito, suéltame!

El guardia gruñó:

—Se ha vuelto loca. ¿Qué diablos...?

Yo sentía una creciente angustia en el fondo del corazón, una sensación de ahogo que casi me impedía hablar.

—¡Habla, maldita perra! ¿Qué hay en el funeral que te infunde tanto miedo?

Dio un tirón y soltó su brazo.

—¡No lo sabrás nunca hasta que ya sea demasiado tarde! —gritó, retrocediendo precipitadamente.

Entonces lo comprendí. Fue lo mismo que un rayo y sólo pude decir:

—¡Jim Quinn, a eso vino...!

—¡Sí! Pero no podrás evitarlo..., ya no...

Y echó a correr como una loca. Saltó de la acera, hubo un rechinar de frenos, un topetazo y ella se convirtió en un revoltijo sangriento bajo las ruedas de un automóvil.

Sentí náuseas, y una angustia terrible. Pensé en Winkie, en el teniente Brooks, en sus hombres que estarían en el funeral..., en Rimmer y sus pistoleros, aunque éstos maldito si me importaban mayormente.

—¡Un teléfono! —grité, arrastrando al guardia lejos del mortal atropello—. ¡Hay que llamar a esa maldita funeraria...!

—Pero...

—¿No lo comprendió? Hay una carga de explosivos allí..., los hará pedazos a todos...

—¿Una bomba?

Habla una cabina telefónica un poco más abajo. Corrimos hacia ella, tropezando con la gente que se precipitaba hacia donde el coche había hecho justicia.

Al llegar a la cabina recordé que no sabía el teléfono del negocio de Schwartz, ni había ninguna guía a mano. Sentí todo el dolor del mundo dentro de mí.

El guardia estaba aturdido. Le empujé hacia la esquina.

—¡Necesitamos un coche! —bramé—. Como sea...

—No tenemos ninguno a mano...

Había un Cadillac reluciente parado allí, con un hombre de cabellos grises sentado ante el volante, esperando a alguien.

Abrí la portezuela, alargué la mano y le arranqué del asiento de un tirón, tirándolo sobre la acera.

Empezó a gritar. El policía titubeó.

Le dejé allí y salí como un cohete, con el acelerador hundido hasta el fondo.

Sorteeé los obstáculos confiando en la suerte, porque era imposible dominar el bólido por reflejos. Creo que ese día nací siete veces y provoqué otros tantos ataques cardíacos.

Pero llegué ante el Feliz Descanso, y las paredes estaban intactas y el techo donde debía estar.

Me precipité dentro. Winkie me vio y se levantó de un salto. La expresión de mi cara debía ser lo más parecida a la de un demente.

—¡Al! —chilló—. ¿Qué te han hecho, qué...?

—¡Corre, fuera de aquí! Vete a la calle antes de que esto vuele por los aires. ¿Dónde están todos?

—En la capilla...

—¡Corre o morirás!

Eché a correr sin pedir más explicaciones. Eso resultó un alivio para mí.

Irrumpí en la capilla gritando como jamás lo había hecho. Causé sensación, eso seguro. Brooks me sujetó por los brazos, zarandeándome.

—¡Sanger! —rugió—. ¿Qué ha pasado, maldita sea?

Yo apenas tenía aliento:

—¡Una bomba! —estallé al fin—. ¡Cotten pensó acabar con Rimmer y toda su gente...!

—¿Qué?

—¡Fuera de aquí!

—¡Hay que encontrarla!

—¡Está a punto de estallar...!

—Así y todo... ¡Fuera todo el mundo menos mis agentes! Y tú también, Sanger —ordenó, tuteándome por primera vez.

—¡Vas a suicidarte, Brooks!

—Veremos...

Le sacudí en el mentón con toda mi fuerza, que no era mucha. Pero se tambaleó, dándome tiempo a hundirle el puño bajo el corazón, con lo que se dobló y quedó inerte.

Le saqué el revólver de la funda axilar y amenacé con él a sus propios hombres, que venían belicosamente hacia mí:

—¡Cárguenlo y fuera de aquí! —dije a gritos—. ¡Condenación,

háganlo o empiezo a disparar!

Rimmer corría ya hacia la salida y eso marcó la desbandada general. Sus esbirros le siguieron al trote y los detectives hicieron lo mismo, llevándose a Brooks.

Schwartz estaba igual que petrificado. Le empujé delante de mí hasta la acera y allí seguí llevándolo por delante hacia los que se alejaban, ya en el otro lado de la calle.

Aún pude ver al teniente que se sostenía en pie entre dos de sus hombres. En aquel instante se desprendió y empezó a cruzar la calle hacia mí.

No avanzó mucho. El estampido nos levantó del suelo, levantó todo el tejado de una pieza y luego lo desmenuzó, esparciendo cascotes en todas direcciones. Las paredes se convirtieron en mortífera lluvia y de la funeraria no quedó mucho que digamos.

Claro que todo eso sólo lo vi de refilón, porque estaba dando vueltas por el asfalto impulsado por la onda expansiva del tremendo explosivo.

Ni siquiera me había dado tiempo de cruzar la calle. De haber perdido unos segundos más se hubiera producido una auténtica carnicería.

Cuando me levanté seguían cayendo cascotes por todas partes.

Brooks llegó junto a mí. Pensé que iba a sacudirme un buen puñetazo en la nariz...

En lugar de eso, sin voz, estrechó mi mano y la sacudió como si quisiera arrancármela, junto con el brazo, de cuajo. Nunca le había visto tan emocionado.

Después, fueron los brazos de Winkie los que se cerraron en torno a mí y todo volvió a su lugar y supe que la siguiente noche no habría nada en el mundo que pudiera turbar nuestra paz.

Ella lo supo también al leer en mis ojos y musitó:

—Sí, Al..., a la noche.

Las cosas comenzaban a volver cada una a su lugar.

CAPÍTULO XII

—Ahora todo está claro —masculló Brooks—, Cotten planeó librarse de toda la organización de Rimmer con éste a la cabeza... y de un solo golpe. Por eso violentaron la puerta del depósito aquella noche. Querían conocer el terreno, planeándolo todo con detalle.

—Seguro —dije—. V ahora creo que puedo decirte también quién y por qué mató a Luigi Tormo. El propio Cotten mandó liquidarlo, para librarse de alguien que estaba haciéndole sombra, y principalmente para dar la sensación de que Rimmer había golpeado primero. Necesitaba ese pretexto para devolver el golpe, matando a Boy Rock, porque conocía la costumbre de Rimmer de organizar un gran funeral por cada uno de sus hombres que moría.

—Era la única manera de reunirlos a todos de una vez..., sin preocuparse de que también había otras gentes allí. Estábamos nosotros, el pobre dueño de la funeraria..., la chica...

Sentí escalofrío.

—Mi chica —dije—. Sólo por haberla puesto en peligro me gustaría retorcerle el cuello a ese animal dañino.

—Lo cazarán. Está cercado en esa granja y los policías del estado, sólo esperan a rendirlo o cazarlo con gases para evitar víctimas...

Hice la pregunta que me intrigaba:

—¿Tienes el informe de los peritos?

—¿Sobre la bomba?

—Sí.

Esbozó una mueca y se echó atrás en el asiento.

—Adivine dónde la colocaron.

—Cualquiera sabe.

—En el cuerpo.

—¿Qué cuerpo?

—El de Boy Rock. Jamás la habríamos encontrado...

Apenas pude creerlo, pero él añadió:

—El cadáver estaba ya embalsamado. Hicieron un buen trabajo, porque no dejaron el menor rastro. Pero no cabe ninguna duda al respecto... El estallido hizo desaparecer prácticamente el cadáver, delatando así que fue él el centro exacto de la explosión.

—¡Malditos y sucios hijos de perra! —mascullé.

—Sí, bueno. Pero están listos. Los policías del estado no se andan por las ramas.

Resultó cierto. Cotten y casi todos sus compinches murieron en el ataque a la granja que les servía de refugio.

Sólo que eso no lo supe hasta el día siguiente.

Aquella noche me levanté de la silla y Brooks me acompañó a la puerta.

—Un momento —dijo, cuando me disponía a salir.

Me volví. El alargó la mano y, sonriendo, murmuró:

—Gracias por el puñetazo, Sanger..., nunca lo olvidaré. Ni mis hombres tampoco. Si alguna vez necesitas algo..., cualquier cosa...

Estreché su mano y me largué, antes de que volviera a emocionarme.

Winkie me esperaba en el coche. Me senté a su lado, la abracé y ella me ofreció sus labios.

Era una oferta que nadie con sentido común rechazaría jamás, así que estuvimos allí, besándonos, hasta que alguien golpeó la carrocería y una cabeza asomó por la ventanilla.

Reconocí al policía que estuvo guardándome las espaldas. Había una mueca burlona en su cara cuando dijo:

—Oigan, ¿no tienen otro sitio adonde ir a hacer eso? Por ejemplo, un apartamento o algo así...

—Seguro. Y sin escolta esta noche.

Rió.

—No volvería a repetir la experiencia por todo el oro del mundo, amigo —aseguró—. Cuando me quedé solo en la salita... bueno, mi imaginación se desbocó. Ustedes habían cerrado la puerta y...

—¡Largo!

Seguía riendo cuando arranqué y salí zumbando.

—Esta noche, tú y yo solos —dije.

—Sí.

—Y si alguien llama a la puerta, le echaré escaleras abajo.

—Eso me parece muy bien. Pero..., ¿y si llaman por teléfono?

—Arrojaré el teléfono por la ventana.

Asintió con un gesto. Luego musitó:

—De todos modos, yo misma cerraré la puerta con llave... y me la guardaré en el bolso.

Y así lo hizo, ni más ni menos.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds)
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.